

REVISTA EUROPEA.



Núm. 194

11 DE NOVIEMBRE DE 1877.

AÑO IV.

ESTUDIOS Y ENSAYOS DE HARTMANN. (1)

M. de Hartmann es un filósofo de moda. A juzgar por el número de las ediciones alemanas y el ruido que produce su *Filosofía de lo inconsciente*, se halla en camino de hacer fortuna. Puede leerse en ruso y en frances. Pero tranquilícense nuestros lectores, que no vamos á seguir á M. de Hartmann, nuevo Livingstone, en el descubrimiento de esa *terra incógnita*, de esas vastas y misteriosas regiones de lo inconsciente en que oscuramente se elaboran, bajo el nombre de instintos, nuestros sentimientos, nuestras pasiones, nuestras ideas, y donde se preparan los elementos secundos de toda actividad, de toda vida. No le seguiremos tampoco por los zarzales y malezas de la metafísica. Ni sabremos, en fin, acompañarle hasta esos campos de dolor en que se libran los combates de la existencia y que jamas frecuenta la esperanza.

Nadie ignora que M. de Hartmann es un pesimista extremado: sostiene con estrépito, aún despues de un maestro en desilusion tal como Schopenhauer, la paradoja que hace furor en Alemania.

Nada distraia tanto á nuestros ascendientes en el siglo pasado como oír exponer en sus cultos salones las teorías de Rousseau sobre la dicha y la pureza del estado salvaje. Nada divirtió más á la Alemania joven y próspera en su confianza que leer las páginas en que el autor de lo inconsciente describe con maravillosa sangre fria las grandes y pequeñas miserias de los hombres y la desgracia de todo lo que respira. ¡Pero qué léjos se está de la melancolía punzante de un Lucrecio, de la trágica angustia de un Pascal! Voltaire se burló de los optimistas

Que exclaman: «¡Todo es bueno!» con lastimera voz.

No habia previsto á los pesimistas satisfechos, que con la sonrisa en los labios afirman que «todo es malo.» En expiación de tan flagrantes contradicciones, los pesimistas verdaderamente sinceros y convencidos, si es que los hay en Alemania, merecerian figurar en el círculo del infierno en que Dante coloca á los que lloran cuando tendrían motivo para alegrarse:

E piange la dore esser dee giocondo.

(1) Gesammelte Studien und Aufsätze gemeinverständlichen Inhalts, Von Eduard von Hartmann. Berlin, 1876.

Pero nosotros no tenemos ya las mismas razones para recrearnos en esos contrastes, y dudamos que semejantes tésis lleguen á popularizarse en Francia. Las realidades pesan sobre nosotros con demasiada rudeza.

No es, pues, al pesimista, al filósofo, al sabio á quien buscamos en M. de Hartmann, sino al hombre. No pretendemos retratarle de pié, ni en busto; el perfil, la silueta bastaria tal vez para representar una figura de rasgos personales y acentuados. El volumen de *Estudios y Ensayos*, coleccion de sus errantes escritos, esparcidos desde el primer momento en diferentes periódicos, nos hace fácil la tentativa, introduciéndonos en su intimidad. En él encontramos su autobiografía, sus opiniones acerca de la política, la literatura, las cuestiones de ciencia, recordando con sus distintas fechas los sucesos que las motivaron, y ostentando el sello de la más absoluta franqueza.

I.

En el libro de Job, que podria llamarse el Evangelio del pesimismo, se léen estas palabras: «¿Que no muriese el dia en que nací!... ¿Por qué no habré muerto en el seno de mi madre?» M. de Hartmann no maldice su nacimiento, y hasta lo anuncia en su autobiografía con cierta solemnidad: «El año 1842 habitaba en Berlin un capitan de artillería cuya esposa dió á luz el 23 de Febrero, bajo los cuidados de su padre el doctor Dohse, un robusto niño que fué bautizado con los nombres de Carlos Roberto Eduardo, y que debia ser el único hijo de aquel matrimonio.» Este niño fué querido y mimado. La familia se hallaba bien acomodada, independiente; nada faltó á su feliz infancia. Y para hacer más notable el contraste de sus sombrías tésis y su vida afortunada, termina el autor el relato de su juventud con un cuadro seductor de felicidad doméstica que no podemos reproducir, porque no es más que polvo y ceniza. La reciente muerte que acaba de herir á M. de Hartmann en lo que le era más querido, nos hace considerar su teoría de las miserias humanas, que hasta ahora nos habia parecido más pensada que sentida, y más caprichosa que pensada, bajo un nuevo aspecto, como un presentimiento de cuánto hay de pasajero en nuestras alegrías, de engañoso en nuestras felicidades y de irónico en nuestros destinos.

Perdone M. de Hartmann á nuestra simpatía que

de paso levantemos el velo de su dolor. Su vida privada sólo nos pertenece en la medida que él nos la ha ofrecido. La divide como una trilogía, en tres épocas ó tres edades: la del escolar, la del soldado, y la del filósofo. El escolar detestaba la escuela como los estudiantes de todos los tiempos. ¿No es el mismo fenómeno de inconsciencia el que se manifiesta en los pajarillos al batir sus alas contra los alambres de su jaula? Su único placer en la clase y fuera de ella era devorar las novelas de Walter Scott, de Bulwer y de Dickens. «Desdeñaba, dice, las novelas francesas.» Cuando llega al grado de retórico, su desden aumenta y se extiende á la literatura de las razas latinas. Ciceron, con sus frases más extensas que completas, apenas le agrada. Ya se ve desarrollarse en él la inconsciente aversión á la gente latina que más tarde la habia de dictar un escrito sobre la necesidad de dar al griego la preponderancia en la enseñanza superior, «en atención á que al fin la peluca latina se hace insoportable.» En cambio, el arte natural de Thucydido, su grandiosa sencillez, su perfecta corrección, le revelan el verdadero estilo. El estilo de M. Hartmann es como el dibujo al agua fuerte: su pluma muere y penetra; la línea es clara y firme; nada de sombras vaporosas.

Desde muy temprano se observan en el adolescente los indicios de un carácter resuelto, de un ánimo atrevido, de una madurez demasiado precoz. «Entre mis camaradas,—dice,—la audacia de mis ideas, mi incredulidad respecto á todas las autoridades consagradas, excitaban algunas veces un silencioso horror.» Se comprende que este silencioso horror no le desagradaba, sino que por el contrario le cause cierta secreta satisfacción. En tan ruda naturaleza, sin embargo, no todo es duro y árido. Le gusta la música y la pintura; siendo aún muy joven, frecuenta un taller y dibuja del natural. «Aquel estudio estético, nos dice, prematuro y profundo del cuerpo desnudo y vivo, me sirvió en adelante de protección contra las tentaciones á que otros sucumben, porque no han formado su sentido estético, y no son capaces de ver más que con los ojos de la sensualidad.» Ni la caprichosa molición de los artistas sedujo al joven Hartmann, ni las costumbres de los estudiantes y la ciencia de las universidades, confusa é indigesta, fueron de su gusto. Le arrastró una marcada predilección por la carrera militar. Independiente por su fortuna, quiso someter su libertad á la disciplina del cuartel. Tengamos presente que su padre es militar, que su raza y su patria son una raza y un país de soldados. Obedecía, sin duda, á una vocación irresistible, á una especie de instinto hereditario. Su temperamento es belicoso, y más de una vez á través de la nube metafísica deja ver la punta del casco. Porque el

alumno de artillería es un aprendiz de filósofo: se entrega sin descanso, al volver del campo de maniobras, á esa instrucción *total* á la que sólo faltaron los viajes. Grave falta. Careciendo tal vez de nuevos horizontes, de libre espacio allende las fronteras nacionales, su poderoso talento se reconcentró en cierto modo, aprisionado en el criterio alemán.

Aun hallándose entre sus compañeros, seguía su solitaria senda. En vano trató de arrastrar á alguno de ellos á las regiones ideales. Se le estimaba, pero se prescindía de él en los vulgares goces de la vida de guarnición. Su desden por los frívolos placeres le valió el sobrenombre de *Filisteo*, de puritano, de moral. Lo que él buscaba era la sociedad de las mujeres selectas, á las que sabe, cuando llega la ocasión, rendir homenaje.

«La opinión brutal que muchos hombres, aún de los que pasan por ilustrados, emiten acerca de las mujeres, no es con frecuencia más que el resultado de las circunstancias que les han impedido juzgarlas ménos superficialmente.» La teoría de M. de Hartmann es que el comercio intelectual de una mujer honrada, es tanto más necesario para un joven, como complemento, como condición indispensable para su desarrollo, cuanto más inclinado se sienta al racionalismo, cuanto más filósofo sea por naturaleza.

Él nació filósofo. Desde la edad de diez años le vemos buscar las razones que pueden excluir á las criaturas abortadas y á las bestias domésticas de la inmortalidad. Desde entónces, duda, niega, anda á tientas, imagina; poco á poco se desenvuelve su juicio, y cuando á los veintidos años un cansancio prematuro le obliga á dejar el servicio con la graduación de teniente de artillería, empieza ya á forjar su nueva llave del mundo: la filosofía de lo inconsciente, destinada á abrirnos las puertas de los grandes misterios. A los veinticinco años, terminada la exposición de su sistema, ofrecía el aspecto de un viejo sabio; pero el fuego de su mirada revela su espíritu guerrero. Soldado ó filósofo, no se muestra desarmado. Se burla de los profesores alemanes y de su momificada ciencia; pero se engaña si cree haber roto completamente las trabas de los lazos sagrados. Algo hay seguramente de ilusorio en la satisfacción que manifiesta por haberse librado en pocos años de más errores y preocupaciones que otro hombre en el trascurso de toda su vida.

II.

M. de Hartmann ha tenido cuidado de consignar en sus escritos políticos la fecha, que basta para indicar el sentido y la intención. Podríamos demostrar que los estudios titulados *Combate entre la Iglesia y el Estado* (1872), la *Situación geográfica y*

política de Alemania (1872), no son más que el desarrollo en parte humorístico de las teorías alemanas corrientes y militantes, mil veces repetidas y comentadas en todos sentidos. El siguiente extracto basta para dar el tono de esas páginas:

«Lo mejor de la situación es que ya se ha declarado abiertamente la guerra, que el fuego ha estallado por ambas partes, que la atmósfera espesa y corrompida de una paz aparente y antinatural entre la Iglesia y el Estado ha sido agitada por los primeros batidores de la tempestad que se acerca, y que de hoy más, tras de este pesado, depresivo y sofocante calor, tenemos la perspectiva de un *descansado y alegre* combate entre las ideas de la Edad media y las modernas.» ¿No parece que se está viendo sobre la montaña al teniente dirigir su batería contra las legiones de Roma agrupadas en la llanura? Pues léase en la página 91 un entusiasta elogio del militarismo prusiano, y dígasenos si tal fe en una causa, si el extremado aprecio de los cañones que emplea, si tanta seguridad en el éxito y tan patrióticos acentos revelan un hombre para el que la condición humana sea cosa de ínfimo valor, un pesimista, en fin. Por el contrario, esa fiebre de acción y de victoria, es del más perfecto optimismo, instintivo é inconsciente, si se quiere. Allí están todos esos fieros combatientes: sin temer nada de los hombres, sin temer nada de los dioses, *securi adversus homines, securi adversus deos*, esos derribadores de ídolos han dejado al ménos uno en pié: el Estado, divinidad de bronce que aparece envuelta en el humo de las batallas; divinidad tutelar que protege las ciudades y las fronteras; divinidad soberana ante la cual se inclinan las frentes, y á la que los mismos filósofos incensan y adoran.

Pero dejemos la guerra y la política, y tratemos de probar con un ejemplo hasta qué punto pueden afectar las antipatías de raza y de partido á las cuestiones literarias, invadiendo su pacífico terreno y desfigurando una obra maestra. *Romeo y Julieta*, tal es el título de un estudio en el que hallamos las pasiones limitadas, exclusivas, nacionales, de una época en todo belicosa.

M. de Hartmann no se deja impresionar por las inmortales gracias de Julieta.

La persigue, armado de la férula y del Código, y con su más enérgica voz de comandante, le amonesta crudamente. ¿Ha pensado un solo instante la aturdida, la niña mimada, en el dolor de sus parientes? ¿Qué esperar de tan loco amor? ¿Presagiaba una ternura duradera y profunda? ¿Era digno, ¡oh, Julieta! ofrecerse así á Romeo y asediarlo como á un *Moltke del amor*? (Pág. 345.) Y tú, Romeo, tú no eres más que un veleidoso, seductor, caballeresco, todo lo que se quiera; pero no un hombre en el sentido alemán de la palabra. ¿Ignorabas además

que el matrimonio entre menores no es válido? Y M. de Hartmann abre una información sobre las uniones clandestinas, fijándose muy especialmente en el párrafo 176 del Código penal alemán, que hubiera hecho pagar muy caras al ardiente Romeo las dulzuras de su noche de bodas. Después se mete á hacer consideraciones fisiológicas y de medicina legal, en las que no creemos oportuno seguirle. (Página 347.) Julieta y Romeo sucumben de este modo bajo los golpes de la lógica y de la ley. Pero el principal acusado, el irreconciliable enemigo, es el hermano Laurencio, el que consagra y bendice las secretas bodas de los jóvenes amantes. En vano alegraría el buen franciscano la pureza de sus intenciones, la esperanza de reconciliar á dos familias cuyo odio secular cubre á Verona de sangre y de ruinas:

For this alliance may so happy prove,

To turn your households' rancour to pure love;

M. de Hartmann no hace caso de esto, y abandonamos al desgraciado Laurencio á la justicia del *Culturkampf*, «el *descansado y alegre* combate.» Según él, Shakspeare se propuso pintar en Julieta y Romeo el amor de las razas latinas, frívolo y de una galantería sensual. «El amor de las razas latinas se funda en una sensualidad ennoblecida por la imaginación; el amor alemán reposa ante todo en las profundidades del sentimiento (de los Gemüths)... Nuestro ideal alemán del amor es el más profundo, el más delicado, el más noble.» ¿Dónde encontrar ese ideal? En Goethe, nos dice el autor. ¿Será Gretchen, conmovedora imagen de la juventud inconsciente y engañada, cuya sensible fragilidad no resiste á las perlas de un collar? Julieta, Margarita, ideales criaturas que solo toman en la triste humanidad figura y nombre, ajenas á las realidades de la vida, superiores á las leyes y á los usos, que inocentemente desafían y que no conocen más que para sufrir por ellos! Ese ideal alemán celebrado por M. de Hartmann, ¿será Mignon, Mignon el candor personificado? Es una hija de Italia; ¿no la oís suspirar por la lejana patria:

Wo die Citronen blühen?

Con este título tendría tanto derecho al anatema como la alondra, la precursora de la mañana. Mucho es que nuestro rigorista, por no decir más, no prenda á la alondra, como cómplice, y le forme causa: pertenece á las razas latinas, ¡que se la destierre!

De las literaturas del Mediodía es efectivamente de donde Shakspeare tomó la escena de la alondra, y no lo sentimos. Este ligero énfasis resuena como una sinfonía pura, como un encanto para los oídos delicados y afectos á la música de las palabras ar-

moniosas. ¡Perdonemos, pues, al amable pájaro, cuya única falta consiste sin duda en haber sido un símbolo galo! Mas circunspectos, los ingleses han tenido cuidado de llevarlo á la Australia para proporcionarse con su poético canto una reminiscencia de Europa y de Shakspeare.

De todo esto se deduce que Julieta no es el ideal de la mujer alemana. En verdad que para un pesimista, M. de Hartmann se muestra demasiado satisfecho de cuanto concierne á la Alemania. Sus *Ensayos* están llenos de alabanzas: al militarismo prusiano, al amor alemán, á la ciencia alemana, si esquivada todo contacto con la francesa y la inglesa, infeccionadas de vanidad (1). Y hé aquí cómo una vasta inteligencia, un entendimiento vigoroso, ofuscado por las humaredas de la gloria y de la pólvora, llega á no ver nada al otro lado de la muralla de China levantada por lo inconsciente entre dos razas, los latinos y los germanos; muralla que, por lo visto, es más fácil de franquear para un soldado que para un pensador.

J. BOURDEAU.

EL DEBER

MORAL Y JURÍDICAMENTE CONSIDERADO.

(Conclusion.)

III.

Si, como acaba de verse, *la filosofía del deber* (moral teórica) revela esta idea enlazada con otra superior, *la filosofía de los deberes* (moral práctica) comprende los preceptos destinados al gobierno de la vida; pues si el hombre sabe que existen deberes, también necesita para conocerles pasar de la observación interna á la externa, buscar los medios de obtener la mayor suma posible de bienestar, y poder apreciar sus consecuencias.

Efectivamente, la moral práctica satisface estas necesidades, llena los vacíos de las doctrinas y sistemas, señala los peligros, y muestra su conformidad ó disconformidad con los principios revelados por la teórica: por eso, los que no ven más que lo que es, y no lo que debe ser, eligen un camino largo, estrecho y poco seguro, porque el práctico acepta los errores anteriores, los suyos propios y los de los demás: aún suponiendo que la moral fuera simplemente un arte, las artes más notables y sublimes, como las más modestas, se elevan de los efectos á las causas, analizan, sintetizan, combinan los resultados y descubren principios generales.

(1) Ensayo sobre los síntomas de decadencia en el mundo de los sabios y de los artistas.

La práctica es útil, pero sin teoría no es el que más practica el que más sabe.

Todavía es más sensible la opinión contraria, es decir, la de los que, en su furor contra la casuística, llaman «sacrilegos á los algebristas del alma humana, calificándoles de criminales porque depravan ó ahogan la conciencia al reemplazarla por un mecanismo pueril é inútil.» La última parte de la obra cuyas palabras acabo de reproducir, es una protesta tímida de lo que afirma y sostiene (1), es un tributo incompleto y un reconocimiento implícito de su imperiosa necesidad; la poderosa dialéctica del último jefe del ministerio republicano francés se combate á sí misma; no podía darse contestación más cumplida.

Las reglas del deber, al producir su saludable y eficaz influencia en la acción, convierten la prope-
deútica moral en el mejor amigo, en la guía más fácil y segura del entendimiento práctico (2), ¡pues si hay hombres inmorales que conocen la virtud, los hay que siendo ó pareciendo virtuosos obran mal, ó que teniendo intención de obrar bien desconocen la aplicación del deber. La Deontología, penetrando en los detalles de la vida íntima, hace que la buena conducta inspire generosidad y virtud, y que consultando además de la conciencia á la ciencia y experiencia, proporcione, á cuantos conozcan sus procedimientos y resultados, los medios más seguros para obrar indefectiblemente bien en todos los casos.

Seguirla de cerca sería una tarea superior á mis fuerzas, pues en la *Ethografía* ó moral de los hechos, natural, descriptiva ó de las costumbres, reaparecen con más fuerza y vigor á cada paso todos los sistemas y opiniones; lo cual se ve claramente fijando por un momento la atención en cualquiera de sus múltiples y variadas materias, por ejemplo, en la sencilla y popular división de la misma, combatida ya por los que, tomando por base las cuatro virtudes cardinales, creyeron hacer una clasificación perfecta, pero cuya remota historia y cuya ilógica distinción es más difícil de comprender de lo que á primera vista parece; ya por algunos teólogos-filósofos que, al no admitir más que los deberes para con Dios, afectan desconocer que si Dios es el primer principio del bien no es el único término de los deberes; ya, en fin, por filósofos *solitarios* (3) que, fundándose en el equilibrio y contrapeso de las fuerzas, no ven más que deberes para consigo mismo; ó por enemigos del individualismo que, atendiendo á una igualdad absoluta ó proporcional de

(1) Julio Simon. *Le Devoir*. Paris, un vol. en 8.º

(2) Balmes. *El Criterio*. Barcelona, un t. 8.º

(3) Vico. *Science nouvelle*, Principes de la Philosophie del'histoire, lib. I.

los asociados, los sacrifican todos á la moral social: en cierto modo, bien pueden considerarse los deberes como miembros de un solo y mismo sistema, pero sincera y científicamente no podrá desconocerse que la violacion de la ley moral es contraria á los *deberes para con Dios, consigo mismo y con el prójimo*. Insistir más en el particular, ocupándose de los negativos y positivos, de accion y de abstencion, perfectos é imperfectos, amplios ó estrictos, aspectos más bien que términos de nuevas divisiones, y aún de algunas especiales de respetables autores, como la de Mr. Gerando (1), confirmaria lo dicho, pero á la vez convertiria este trabajo en un tratado elemental.

¡Ah! si me fuese permitido entrar en materia y describir algunos de los deberes más excelentes, y supiera, por ejemplo, fijar el carácter y condiciones de los políticos y sociales (2), ¡qué de enseñanzas tan útiles y provechosas no deduciria! ¡qué de consecuencias tan tristes recordando lo pasado, tan luminosas pensando en lo porvenir! Si posible me uera parodiar lo que envidiables talentos dicen de los *paternos*, ¡qué de sensibles verdades brotarían de mi pluma, á pesar de que los lazos de la sangre parecen oponerse á toda discusion sobre los elementos constitutivos de la familia!

Idéntico es el fin de los que *duo in carne una* se santifican cumpliendo sus mútuos deberes, y los que tienen para con sus hijos que deben educar más para el cielo que para la tierra (3), y sin embargo el egoismo, la indiferencia religiosa, la ignorancia vencible, la codicia y demás pasiones exageradas, causa son no sólo de mirar con indiferencia su educacion, sino de pensar única y exclusivamente en multiplicar y *asegurar un caudal para morir tranquilos*, frase con la que algunos desventurados padres creen satisfacer su conciencia, ó engañar al mundo, ó bien para comunicarles los más extraños, falaces y dañosos conocimientos; á la más fácil y pronta obtencion de un *título* para el hijo ó de una *brillante* colocacion para la hija, bello ideal de muchos infelices ó miserables, son lícitos toda clase de medios por reprobados que sean... ¡ni qué importa faltar á Dios que al darles hijos les dió el deber de hacerles hombres!

Los padres dignos de tan sublime título cuidan con la misma solicitud del alma que del cuerpo de

sus hijos, procuran corregir sus defectos, porque está escrito que *el que jamás reprende á su hijo le aborrece*; en absoluto no abandonan á los maestros su educacion é instruccion, porque los esfuerzos de estos sin los suyos, que siempre conservan la primera autoridad, son vanos y estériles; en lo que se refiere á la doctrina, integridad y sabiduria (4), saben con su ejemplo inspirarles gusto al trabajo y á la virtud y horror al vicio y al mal; al efecto saben tambien, cual dice el primer poeta de la España contemporánea (5), que

«la gloria y el favor son polvo y humo,
las coronas del mundo son espinas...

que no hay laurel que no tenga amargo zumo
ni hay auras sin moléculas dañinas,»

como saben que vivimos en la época de más credulidad y preocupacion, de mayor mistificacion y supersticiones, que el charlatanismo y la mala fe explotan á su sabor y placer.

Y todo se lo enseñan con cariñoso interés un dia y otro dia, un año tras otro año; saben ser padres, acaso ántes de tener hijos, y no ignoran que el que contraria ó se opone á las reglas del deber, escritas por la mano de Dios en el alma humana, viola su ley y profana en sí mismo el carácter más sagrado de la humanidad (3). Desgraciados de los que no comprenden ni quieren comprender la santa mision que Dios les confia al dispensarles el favor de verse reproducidos y perpetuados en este valle de lágrimas, que cual veloz embarcacion ha de desaparecer bien pronto de su vista. El más dulce consuelo de Tobías en el destierro era el de instruir á sus hijos y enseñarles á servir á Dios y á los hombres (4).

Al desviarme un tanto de mi principal objeto, que me sirva de disculpa, Excmo. Sr., el culto que como padre profeso á tan inextinguible amor.

Las reglas del deber dicen al hombre que debe realizar seriamente, así en el que acabó de citar como en todos los demas, el principio de San Basilio (5), ó el *nosce te ipsum* de los socráticos; y consultar en cada instante de la vida la guia que ha de llevarle á la posesion de la virtud intelectual, armonía perfecta de la inteligencia, sentimiento y voluntad, que marchando conjuntamente á la realizacion del bien, se llama sabiduria; lo demas es *vanitas vanitatum*, es sacrificar el porvenir al presente, es ir en pos de la desgracia, es aceptar voluntariamente una estrecha responsabilidad que se hace

(1) DU PERFECTIONEMENT MORAL DE SOI-MÊME, vol. II, cuya excelente obra divide los deberes segun las cinco especies de vida que encuentra en el individuo.

(2) Sobre el *amor patrio*, síntesis de todos los deberes sociales, deben leerse la bellísima prosopopeya de las leyes en el *Criton* de Platon, las obras *De Officiis*, I, 17, y *De Legibus*, II, 2, de Ciceron, y el tratado de *Los Deberes* de Silvio Pellico.

(3) *De la Regeneration sociale par la famille cretienne*, bro ch. in. 4.º, p.º 6.

(1) S. Pablo, tit. II, 7, 1.

(2) Zorrilla, *El Drama del alma*. Algo sobre Méjico y Maximiliano. Burg. 1867. Un t. 8.º, p. 166.

(3) Jul. Simon. Su citada obra.

(4) Bannache. *La foi et le devoir*. Etudes de verités revelées. P. 1876, un v. in 8.º

(5) Homelia sobre el precepto *Observate à ti mismo*.

efectiva en esta y en la otra vida: su paso por la tierra podrá ser breve y accidentado, pero el *deber* le dará ese *aliquid inconcussum* que pedía Descartes, y en cuyo ejercicio ha de aprender á combatir la *concupiscencia* de la carne ó de los ojos, y el *orgullo* de la vista ó la codicia de bienes y riquezas.

«Consultando esta idea, dice un filósofo laureado (1), el hombre conoce la excelencia de todas sus tendencias morales y sus naturales desviaciones; sabe cuánto debe amar la vida, pues el que se ama exageradamente ni es libre ni razonable; no es hombre, es una bestia... conoce que debe desarrollar su libertad sin afectar la de los demás, que debe constituir su personalidad sin invadir la de los otros, que el sentimiento de su dignidad sin el de la solidaridad no es nobleza sino pueril vanidad ó feroz ambición... y por fin ve que no sólo ha sido formado para dominar, sino para elevarse al estado de persona; vivir en armonía con sus semejantes, gustar de la vida espiritual y unirse á su principio, que es Dios mismo.»

Y ve más; ve que si las grandes almas piden al cielo grandes trabajos que desempeñar, graves peligros que vencer, verdaderos enemigos que combatir, ve que no hay peligro ni enemigos más dignos de su generoso esfuerzo que los que el *deber* le prepara en el curso de su azarosa vida; de vencerlos, que si los vencerá, esa grandeza de alma derramará sobre su exterior cuando ménos algunos brillantes rayos de la vivísima luz que parte de su conciencia; y aunque quiera no podrá ocultar la sencillez de su corazón, la modestia de su carácter, la dulce paz de su alma, la uniformidad de su vida, su visible autoridad y prestigio: siempre consecuente, sin fausto ni ostentación alguna, el último carácter de esa grandeza consistirá en ser el único que ignore... mas los padres le señalarán á sus hijos como el más perfecto modelo, y los demás al respetarle completarán en él á la vez la última aspiración de la sabiduría humana (2).

Hé ahí el modelo del *hombre de bien*, que para seguirle ó imitarle, el primero, mejor y más sencillo medio es el *trabajo* material ó intelectual; universal deber, ya que el hombre nace *ad labores ut avis ad volatum* (3), es una de las primeras leyes de la humanidad, uno de los más sólidos fundamentos de la moralidad humana, que al traducirse en amor al orden y respecto á la ley, comunica á la conciencia paz y satisfacción completa.

Los que cometen el crasísimo error de creer que por el solo ejercicio de la inteligencia el hombre se

eleva al nivel requerido, ó no saben lo que dicen ó discurren de mala fe: el positivismo es, en esta, como en otras muchas cosas, ridículo y despreciable: es verdad que las ciencias se apoyan en una base más sólida que las artes; pero de esto á creer, no ya lo que los estóicos ó Platon, sino lo que muchos autores modernos, por ejemplo, que la ciencia del deber ó del derecho es el único y exclusivo código de la humanidad (1), ó que la exploración del pasado, el conocimiento del presente y la meditación sobre lo porvenir son sólo aspectos de la única ciencia que en el mundo existe (2), média una distancia inconmensurable.

Verdad también que por el desarrollo del sér intelectual se llega más pronta y favorablemente al sér moral; pero si en realidad lo que esto supone es que el deber del sabio es mucho más estrecho que el del ignorante ó engañado, no es ménos real y positivo que las inclinaciones naturales de todos los sérés humanos no son distintas; y como por otro lado las soluciones, así de las ciencias como de las artes, ni son ni pueden ser definidas, cualquiera que sea el trabajo á que el hombre se entregue, talla un diamante en el que se reflejan los mil rayos de luz que iluminan la práctica del deber; cualquiera que sea su clase y forma, las mismas razones que le hacen obligatorio en general, se aplican á cada estado, profesión ó industria en particular.

Trabajar, pues, con constancia es el *deber más interesante* del hombre, que al combinar los cuerpos para obtener una nueva forma, ó al estudiar una cuestión para poseer una verdad, puede dar un paso más, hallar nuevas relaciones, y al ménos exclamar como Galeno después de una demostración anatómica: «Gracias, Dios mío, pues acabo de cantar un himno á la gloria del eterno.»

Y todavía es algo más, porque *es orar*, porque es ponerse en comunicación con Dios ó elevarse á él de la manera más digna y desinteresada: si por el trabajo el hombre puede apreciar su acción en el alma, mejor podrá llegar á ser *realmente* religioso; que la Religión, *quod ligat*, al unir lo finito á lo infinito, le manifiesta su impotencia y le sujeta. ¡Qué ejemplo tan hermoso el del que, en medio de sus miserias y desgracias, *trabajando*, pide por la *oración* luz para ver, fuerzas para luchar, consuelo para sufrir!... ¿Habrá alguien que ante espectáculo tan sublime y arrebatador deje de repetir aquellas divinas palabras *pax hominibus bonæ voluntatis*?

Preciso es convenir que las *reglas del deber*, auxiliadas por el trabajo, presiden los diversos actos de

(1) Ferraz. *Philosophie du devoir*, ouvrage couronné par la Acad. française. P. un v. in 8.º, p.º 262.

(2) D'Aguesseau. *3.ª mercurial*, pronunciada en 1669. Véase la Colec. de sus obras.

(3) Job, Cap. v. § 1.

(1) Rombonsont. *La loi absolue du devoir*. P. 187. Un v. in 4.º

(2) Oudot. Obra ya citada. T. 2.º, p.º 212.

la vida; y que su fundamento es el único que conduce á un conocimiento discursivo de las leyes secundarias, y á una bondad capaz de aumentar indefinidamente.

La moral es la ciencia de los santos (1), lo es del verdadero hombre de bien, y el texto más saludable de lo que es y debe ser el deber. Al realizarle el hombre, aprende á agradar á Dios y á prestar á sus semejantes esos servicios que forman el mérito y la gloria más envidiable (2): no hay término medio; ó *cumplirle ó dejar de ser hombre*: así lo dicta la ciencia, lo confirma la conciencia, y lo proclama muy alto el mismo deber moral, divina y única bandera posible en el actual estado de la sociedad (3).

IV.

Hay una ciencia que comprende la *Diceología* (teoría de la justicia), y que entre todas las que se conocen, después de la moral, es en la que brilla y resplandece más visiblemente el deber, «ciencia por la que la razón humana reviste en el teatro de la vida las formas más sensibles (4),» y que por lo mismo que la profeso públicamente creería faltar á mi deber no fijándole en ella, ya que bajo este concepto puede considerársela como parte integrante ó complemento de aquella.

Poco ó nada puede añadirse á lo dicho por Philips, Zachariæ, Puchta, Thibaut, y tantos otros autores de los que se hallan al frente de la ilustre falange de filósofos-juristas, pero como gran parte de sus doctrinas no merecen entera aprobación, es de necesidad fijar y determinar el lugar que el deber ocupa en el Derecho, como, según anteriormente hemos indicado, lo son dichas doctrinas así para la discusión como para comprender una vez más esa sed inagotable de los principios, esa fisonomía particular que realza el poder de la inteligencia hasta en sus propios desvarios cuando son hijos de la ciencia y no de la mala fe.

Es el Derecho, como conjunto de preceptos, una obra humana subordinada á la obra de Dios; expresión concreta de un orden puramente moral, su definición, en el imperfecto lenguaje de la ciencia, es difícil y peligrosa, por no decir imposible: así lo entendió ya aquel jurisconsulto romano cuando dijo *omnis definitio in jure periculosa est* (5); así lo han entendido la mayor parte de los modernos al afirmar que su idea es una de esas nociones que se des-

arrollan intuitivamente en la inteligencia á continuación de la del deber, en cuyo sentido puede considerárselas como correlativas.

Su origen primordial es superior á la voluntad; su medio, como en el deber, es la actividad voluntaria, porque si el hombre *debe libremente* hacer el bien, tiene el derecho de ser respetado en su ejercicio y libertad, siempre que no alcance ó perjudique la de sus semejantes; su fin es la forma objetiva del bien, como dicen los alemanes; por consiguiente su principio fundamental reúne los mismos caracteres que el del deber: *á priori* es universal, necesario, absoluto, permanente, concreto, no contradictorio; y *á posteriori* de evidencia objetiva y variable, no porque la ley y esencia de la sociedad varíen, sino porque, viva expresión del orden social, sigue el movimiento nacional en todas sus evoluciones: así se explica cómo la ciencia cambia en el tiempo y en el espacio, y cómo se multiplican y chocan las teorías y opiniones al fijar sus caracteres, apreciar su desenvolvimiento y determinar sus numerosas aplicaciones.

Fácil sería la tarea de formar una escala gradual indefinida desde los que la consideran como el centro de todas las ciencias morales, ó como un derecho anterior al natural, hasta los que dicen que forma parte de una ciencia superior; desde los que han proclamado que moral y derecho son una misma cosa, hasta los que las ven como distintas; desde los que la califican como dirección *contra natura*, violación de la moral, ó á lo más como su conservación parcial, hasta los que la hacen depender de ella.

Sin embargo, triste condición la de esos sabios que, en su fatal *logomaquia*, tan innumerables errores han cometido!... que si en moral hay autores que con entero desenfado llegan á exclamar: «Bondad que el trayecto de un río convierte en crimen», en derecho no faltan los que dicen: «Original justicia que un río ó una montaña limita... pretender referir sus reglas á un principio superior y único es una empresa absolutamente imposible» (1), de cuyos pensamientos á la maldición lanzada por Mefistófeles no hay más que un solo paso. Esos sabios se olvidaron de que ya la Escritura había dicho: «Os he dado preceptos que no son buenos», es decir, que tienen una bondad relativa (2); que Moisés, Solon y otros legisladores antiguos, dieron á sus legislados las leyes que sus corazones podían sufrir (3); y por último, que el hombre, como Sócrates y Charondas, muere por obedecerlas, y en su

(1) Campoamor. *Lo absoluto*. M. un v. 8.º

(2) Bannache. *La foi et le devoir*, P. 1876, un v. in 8.º

(3) *La pasión política*, artículo publicado por el autor en Dic. de 1872, y reproducido por algunos periódicos de provincia.

(4) Lermnier. *Philosophie du droit*. Paris, 1831. 2 vol. en 8.º

(5) Jabolenus, F. 102, *Dig. de regulis juris* 1, 1, tit. 17.

(1) Véanse las obras de Pascal y Montaigne, y la de Falch *Philosophie du droit*. Paris, un vol. en 4.º

(2) Eceq., cap. XX, v. 25.

(3) Plutarco. *Vida de Solon*.

cumplimiento realiza un *deber* sagrado, y rinde un tributo á la justicia y á la verdad.

A su vez estos antecedentes explican la variedad de opiniones al fijar la verdadera inteligencia y relacion entre los términos *deber* y *derecho*; antitéticos para unos, idénticos para otros, correlativos y pararelos ó hermanos que nacen, marchan y perecen á la vez para estos, y tan independientes ó distintos para aquellos, que hacen decir á un distinguido profesor, al fijar el deber en la última de las tres edades de la vida humana: que si el derecho varía, el deber es permanente; si el primero es lo provisional, el segundo lo definitivo (1).

Ahora bien; si considerada la *ciencia* en general supone la existencia necesaria de la sociedad, é implica la respectiva naturaleza y destino del hombre; si la *conciencia* le dice haz constantemente el bien, y la *libertad* por medio de los deberes internos y externos le realiza, la materia de aquella es en cierto modo divina; su trascendental importancia, reconocida por todos, aunque no siempre apreciada del mismo modo, es indiscutible é incontestable. Los sistemas y opiniones indicadas lo confirman; ciertos precedentes históricos lo prueban plenamente.

En la vida patriarcal, y áun siglos despues, religion, poesía, idioma, derecho, todo fué uno: los mitos y las fórmulas simbólicas; el *anatema sacer esto* de la ley de las Doce tablas; el *jous* de Jovis, que sirve para confundir el *jus* con el Dios que manda; la A. del paganismo germánico, que indica religion y principio de donde sale *Ae, Aew, E, Ehe*, matrimonio, union, *E-mato*, sacerdote, *A-sega*, legislador y juez, dicen bien claramente que en aquellos primitivos tiempos derecho y religion fueron una misma cosa. En los Estados teocráticos el jurisconsulto y el sacerdote se confunden; en la India se identifica con el Brahma; en la Galia con el Druida; en el pueblo judío los mismos hombres que San Mateo, San Marcos y San Juan llaman *scribas* son llamados con frecuencia por San Lucas *jurisperiti*, doctores de la ley, es decir, jurisconsultos (2).

Otro tanto puede afirmarse de la poesía. Apolo y Orfeo publicaron sus leyes al son de la cítara; Júpiter dió á Minos las suyas en verso; Ísis, Manau, Dracon y Solon fueron legisladores y poetas; las leyes bárbaras tuvieron tambien su *sacer esto, diris devotus, cereri suspensus*; los preámbulos del *Asagabuch* y el *Sachsenspiegel* escritos en verso están; en fin, la poesía y el derecho primitivo se confunden; la sencillez de sus relaciones y la unidad de miras eran la causa que al través del tiempo habia de dejenarle y bastardearle (3).

Mas entre todos los derechos de las primeras nacionalidades, el romano siempre conservó su unidad y universalidad; á ello contribuyó en gran manera el sentido práctico de sus jurisconsultos. Ulpino á su cabeza definió la Jurisprudencia diciendo: *Divinarum atque humanarum rerum notitia*, al Derecho *arts boni et æqui*, y á sus profesores les llamó *Sacerdotes juris*; Ciceron le expuso con más filosofía y brillantez que Platon y Aristóteles: es indudable que el culto romano por el Derecho es un hecho reconocido por todos, y como dice el gran Bossuet al ocuparse de este vastísimo imperio, su respeto por la ciencia y sus órganos solamente obedeció, en las miras de la Providencia, al objeto de preparar al universo pagano, por la sabiduría de sus leyes, para recibir más facilmente la luz de la doctrina que habia aparecido sobre la humanidad (1); los divinos preceptos que del Gólgota parten, y se extienden por todo el mundo, dispensan á la ciencia un servicio más separando el derecho de la religion, pero sin desunirles (2).

Su sublime concepto é influencia se extendió por todos los pueblos; los mismos lombardos, el más feroz entre los pueblos germanos, no pudieron resistir mucho tiempo esa influencia; *juri romano servit quidquid sociatur Italiae*, decia el godo Casiodoro (3). Y dejóse sentir en plena Edad media, pues fuera de pequeñas diferencias, el mayor número de filósofos y juristas, San Agustin y Santo Tomás, Arcusio y Bartolo, Irnerio y otros muchos, admitieron la existencia de un derecho anterior, y ese concepto superior á todo establecimiento humano; y pasó á la edad moderna, Leibnitz reprodujo la definicion romana de la ciencia, Puffendoff la llamó *universalis*, Thomasius *divina*, Bacon, Locke, Montesquieu, Domat, Rogmanosi y otros, *mutatis mutandis*, la concibieron como sus predecesores; y así puede decirse que ha llegado hasta la célebre fórmula *le droit c' est la vie* (4), calificada de oscura é hiperbólica, pero que en su fondo contiene una verdad profunda.

Es cierto que desde la época de Grocio se viene trabajando por separar la moral del derecho; que este mismo hombre tan austero y religioso llegó á

sobre tan interesantes estudios las de G. Grimm, Goguet, Olivet, Creuzer, Chassam, Altassera, Braga, Fustel de Coulanges, entre otras muchas; y en cuanto á España puede verse tambien el notable cuanto erudito y original trabajo publicado en la *Revista de España*, tomo 53, año de 1876, con el título de «Tratado de política racional é histórica» sacado textualmente de refraneros, romanceros y gestas de la Península por D. Joaquin Costa.

(1) Rodiere. *Les grandes jurisconsultes*. Paris, 1874. un v. en 8.º, pág. 10.

(2) S. Math. vi, 24.—S. Pablo. *Rom.* XIII, 14.

(3) Varia, 1, 27.

(4) Eduard. Gans. *Histoire universelle du droit*. Berlin 1824, 2 v. en 8.º

(1) Charma. *Revue des cours publiques*, año 1855.

(2) San Lucas, VII, 30; XI, 45.

(3) Vico, la obra citada. Pueden consultarse además

afirmar que la ciencia existiría aunque no existiese Dios; que especialmente desde la filosofía subjetiva de Kant todo ha sido confusión y absurdo; como que en el afán de negarlo todo y todo destruirlo, se ha llegado á negar hasta la misma personalidad humana, y dado como resuelto el problema $+ \times = - \times$, el ser igual al no ser (1).

Contra tanto desvarío y tan absurdas contradicciones basta reproducir en brevísimas palabras la doctrina más generalizada al objeto de esta tesis.

Respetar la *justicia* es un deber, porque es la relación del ser á su ley, porque es el derecho en acción, *stare in jure, jus-stitia*, como este es el primer escalon de la santidad; caridad sin límites ésta, el *derecho* es la caridad de una medida exacta y limitada; por eso al ejercer su imperio lo hace de alto á bajo; es la justicia en el sentido objetivo, concepto el más interesante, porque el constante cumplimiento de sus preceptos es la justicia en el sentido subjetivo que en cierto modo se confunde con el deber; una sola palabra, el amor, *dilectio proximi*, contiene su objeto y la plenitud de la ley, *plenitudo legis dilectio*. Lo confirman y manifiestan de un modo sensible el libro de Job, los Proverbios y el Eclesiastes (2).

Objetivamente considerado, garantiza la propiedad, personalidad y familia: el hombre, por sencillo ó pobre que sea, es portador de un poder moral que los demás deben respetar: objeto del deber de sus semejantes es causa de ese deber. Subjetivamente, es el poder moral que tiene respecto al prójimo en la esfera del anterior, y por más que derechos y deberes tengan un origen común, puesto que la voluntad jurídica quiere lo mismo que la voluntad moral, su existencia es independiente, su fin no es contradictorio: es, pues, bien fácil distinguir el concepto y alcance que el deber tiene en el derecho.

El deber jurídico, *obligatio*, se dirige á la acción, como el moral, *officium*, á la acción y motivo; pero más negativo que positivo, es siempre determinado y conocible, debe realizarse *in concreto*, y si le acompaña la sanción correspondiente, no siempre es un criterio seguro, pues existen deberes jurídicos no sancionables sin que dejen de serlo ó se confundan con los morales, como pretende la escuela de Haller (3).

Es decir, el *deber* brilla en la ciencia jurídica por sí ó como una de sus consecuencias; su predominio es completo; y si las ideas de bien y justicia suelen á veces confundirse, las de *derecho y deber* son dos medios de realización que al enlazarse mutuamente

forman un todo armónico y encantador; por el deber tiene su cumplimiento el derecho, y por el derecho recibe el deber las condiciones más favorables á su desarrollo. En absoluto no podrá sostenerse que *no hay derecho sin deber ni deber sin derecho*, pero es indudable que no puede hablarse del uno sin hablar del otro; y no importa que el hombre tenga derechos y deberes inherentes á su propia naturaleza, pues, como en definitiva esta es la misma en todos los seres racionales, existe mutua correspondencia é íntima conexión entre los derechos de unos y los deberes de otros.

Más preciso es convenir en que las dos grandes virtudes *Justicia* y *Caridad*, aunque se parecen y confunden, se diferencian en su esencia y resultados; ambas son *deberes* igualmente obligatorios y universales, pero el primero tiene su principio en la capacidad jurídica de la persona como encargada de poseerse (*sui compos*) y realizar á su costa su destino universal, y el segundo en la idea de un fin superior á que todo debe concurrir, incluso el mismo hombre, si bien conservando su libertad de acción.

El carácter de la una es la exigibilidad y coacción; el de la otra la libertad plena y entera (1): el deber en ambas es igualmente estricto y riguroso, luego es imposible negar ó desconocer á la que une los seres morales por lazos de puro amor, y, en nombre de un origen común y de un destino idéntico, les obliga á ceder en sus derechos y confundir sus intereses, sin verse atormentado por el remordimiento y el temor del castigo en la otra vida (2); y como la primera es una de las bases fundamentales de la sociedad, se explica por sí misma, ó se comprende sin gran esfuerzo, esa mutua reciprocidad de derechos y deberes que representan la misma ley moral bajo dos aspectos distintos.

Y se explica también que, si en el orden universal la caridad es tan necesaria como la justicia, ésta sea en cierto modo impracticable sin aquella, pues sin conocer la naturaleza humana en sus facultades y derechos, es imposible respetarla. La historia y la conciencia confirman esa íntima unión, aunque los deberes de justicia, como negativos, constituyan la mitad de la virtud y necesiten de la acción y concurso de los de caridad, cuyo principio rey *quod tibi fieri vis alteri facias* (3) delimita el alcance y condiciones de los segundos: la autoridad de la ética jurídica arranca del precepto ético *quod tibi fieri non vis alteri ne feceris* (4).

(1) Hegel y sus discípulos, aunque no todos.

(2) Graty. *La morale et la loi de l'histoire*. Paris, un v. en 8.º

(3) Hauteville. *La definition du droit*. Paris, 1875, un v. en 8.º

(1) *Beneficium nullæ legi subjectum est*. (Sen de benef. VI, 6.)

(2) Benard. *Precis de philosophie* Paris, 1870, 6.ª edic. un vol. en 4.º

(3) Franck. *La morale pour tous*. Paris, 1868, un vol., pág. 117.

(4) Véase sobre esto un interesante artículo publicado

Hé ahí el principio fundamental del *derecho* y la evangélica expresión que debemos á los hombres, que si *à priori* se acredita su unidad, *à posteriori* demuestra la imperiosa necesidad de su unificación en general, y en particular en España en lo que se refiere á su derecho privado. El estado político-social de esta nación lo pide con urgencia, la ciencia lo recomienda y áun exige, y sus humildes y leales servidores lo desean ardientemente; mas en tanto llega ese suspirado momento que, si no dará poder ó intereses al que lo realice, le dará gloria y verdadero renombre, es un *deber* sagrado en los que le profesan recomendar por cuantos medios se hallen á su alcance la absoluta necesidad de su conocimiento, tan indispensable al legislador, magistrado y juriscónsul, sobre todo filosóficamente, porque el conocimiento del derecho sin la filosofía es el arte peligroso y despreciable de suscitar pleitos (1), como necesario y eminentemente útil á todas las personas, puesto que recae sobre cuantos objetos las rodean.

Conocerle, siquiera sea en su forma más general, es un *deber* del ciudadano, pues *in jure vivimus et movemur et sumus*; enseñarle y propagarle entre todas las clases sociales el *primer deber* de todo pueblo medianamente constituido; *deber* que no pueden ni deben olvidar nuestros gobernantes y políticos si quieren que nuestra abatida patria salga de ese estado de abyección y decadencia en que por desgracia se halla sumida.

En fin, si el derecho preexiste lógicamente al deber, é históricamente éste á aquel (2), la ciencia que le expone es la que en su recta aplicación conduce más y mejor á la práctica y posesión del bien; sublime fórmula la que le considera como *la línea más corta que puede tirarse desde la razón á Dios*.

El *deber* en el derecho es su carácter más augusto; el que le niegue, contrarie ó profane, no realizará esa idea fija y constante que ha de presidir todos sus actos en la edificación de la ciudad del tiempo, y que debe ser la ciudad eterna en la que ha de realizarse la palabra del Señor: «Al que me confiese ante los hombres, yo le confesaré ante mi Padre que está en los cielos» (3), confesión que hará más fácil y naturalmente el que posea esa ciencia, de la que ya San Agustín dijo en su tiempo: *Ratio divina vel voluntas Dei ordinem naturalem conservare jubens, perturbare vetans*.

por la REVISTA EUROPEA, titulado *Filosofía de la Religión*, por Mammiani, t. 8.º, pág. 147.

(1) Boistel. *Cours élémentaire du droit naturel selon les principes de Rosmini*. Paris, 1870, un vol. en 8.º

(2) Hauteville, obra citada anteriormente.

(3) Mons. Freppel. *Les devoirs du chrétien dans la vie civile*. P. un brochure.

V.

Resumiendo: el fin último de la ciencia y del ser es el bien; su principio fundamental es absoluto y relativo; la que le establece y desenvuelve con especialidad produce un dualismo que, si no existe en sí, es propio y contingente del hombre y de la sociedad; dualismo que determina el *deber* y el *derecho* (1).

Dada la íntima relación entre estas tres ideas, trazado el camino á la libertad como medio ó facultad de la actividad voluntaria, al aparecer *el deber* en la región de las ideas ó en la de los hechos, es el instrumento de que aquella se vale para llegar á su fin.

Su *soberanía* abraza la vida entera hasta en sus más mínimos detalles; el hombre tiene que cumplir con sus deberes áun cerca de los que le niegan ó desconocen sus derechos, puesto que no admiten acción, ni excepción, ni menos prescripción de ningún género.

Su carácter *absoluto* brilla en aquellas palabras de J. C. en el sermón de la montaña: «Haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen, para que se os conozca por hijos de vuestro Padre celestial;» sublime precepto que San Pablo amplía cuando exclama: «Aborreced el mal y adheríos fuertemente al bien; no seáis flojos en vuestro *deber*; acordaos que es el Señor á quien servís.»

Su carácter *relativo* se impone á la voluntad sin obligarla *dinámicamente*, y se dirige á la razón y al corazón penetrándoles de un sentimiento particular que les obliga á juzgarse dignos de castigo cuando se apartan de la verdadera regla (2). Aristóteles dijo ya hace muchos siglos: que *ser feliz y obrar bien* es una misma cosa (3).

Al hombre que, sin ser malo, no sabe leer más que en el exterior, le queda el recurso del *deber*, que yendo acompañado de las condiciones necesarias, le dará el maravilloso resultado de sorprender los secretos de la vida, *intus legere*, y conservar pura y tranquila su alma en medio de la embriagadora atmósfera que le rodee.

¡Feliz quien, poseyendo ese poder de divina intuición, pueda penetrar en el mundo sobrenatural que muestra el sentido divino en el objeto más sencillo! ¡Desgraciado del que, abusando consciente ó inconscientemente de su libertad, no ejercita la más excelente virtud, la que compendia á todas, el *deber*, porque, mal que le pese, sufrirá la pena de su infracción!

(1) E. Meric. *Du droit et du devoir*. Paris, 1871, un vol. en 18.º

(2) Puffendorff. *Droit de la nature et de gens*, lib. I, capítulo VII.

(3) *Libros morales* dirigidos á Nicomaco. Edic. de sus obras traducidas al castellano. Madrid, 1876, un vol. 4.º

Es cierto que desgraciadamente ocurren catástrofes frecuentes, amargas decepciones, tribulaciones é injusticias inconcebibles, luchas que aniquilan, sentimientos que ahogan (1); pero á veces, muchas veces, el dolor es un bien, mejora al hombre, le enseña y advierte, ó forma parte de su grandeza, por ser el más enérgico instrumento de su perfeccion, el más sano de sus alimentos ó remedios (2); y, sea como quiera, el hombre nunca muere; lo que muere es la persona: por eso el que separa el *deber* de la religion y de la ciencia jamás será el hijo ni el hermano inteligente del Verbo, fuente de toda ciencia y de todo bien (3).

Dos palabras resúmen su actual destino, el derecho y la moral entera: *hacer el bien por el bien, practicar la virtud por la virtud*, y por ella merecer la dicha humana y la felicidad eterna, única y constante aspiracion del hombre de quien el poeta dijo (4): *Non omnis moriar, multa que pars mei vitabit Libitinam*.

Antes de terminar, Excmo. Sr., debo dirigirme á la alumnos y maestros, y entre éstos á los que, nuevos en el profesorado, vienen con nosotros á compartir la espinosa tarea de enseñar: es costumbre de estos actos, y el tema que acabo de exponer parece reclamarlo: recordando deberes propios, acaso confirme en algo lo que dejo dicho.

¡Alta é importantísima es vuestra mision, señores profesores! Así lo ha reconocido el jóven Monarca, esperanza hoy de la patria, ante los claustros de las universidades de Madrid, Barcelona, Oviedo y Santiago; así lo estima la sociedad viéndoos un día y otro día combatiendo ó previniendo los males que le aquejan; así lo acredita vuestra conducta al formar el eslabon que ha de unir *el siglo de las Universidades* con ese triste y temible porvenir al que parece reservada la solucion de árduos y graves problemas que no es fácil formular al presente; así lo exige el movimiento progresivo y avasallador de la ciencia en Europa y lo demuestra el distinguido aprecio con que se honra el profesorado aun en aquellas naciones no más desahogadas ni de más importancia que la nuestra; así lo quiere la misma enseñanza... que es grande honor y satisfaccion completa la de educar á la juventud en las eternas máximas del *deber*.

Si de ello estais plenamente convencidos, y sabéis que desde su origen la historia de *la Universidad española* es uno de los florones más preciados de la nacional, y que vuestros predecesores, al do-

tarla de los grandiosos monumentos que sus anales registran, supieron conquistar y legar á la posteridad el reino del derecho, que vosotros podeis ensanchar arraigando en el seno de la actual sociedad el del deber, y sin cuidaros de recompensas materiales, que en ellas á otros loca pensar y proveer... ¡oh!... yo no dudo que lo hareis, como vosotros no dudais que ese es el único y más seguro camino para merecer, además de la propia satisfaccion, el *bien*, de la sociedad que os confia su juventud, el *bien* de la posteridad que ha de juzgaros fria y desapasionadamente y el *bien* y bendicion de ÉL que todo lo puede y todo lo ve... Con razon se califica el ejercicio de vuestro cargo de verdadero sacerdocio.

Y vosotros, jóvenes alumnos, á quienes doy la bienvenida, sabed que vuestro *deber* en secundar los esfuerzos de los maestros que teneis al frente, es hoy más imperioso que nunca, puesto que ese pavoroso porvenir á que me refiero os pertenece; para encauzarle ó convertirle en civilizador, debeis entrar con ánimo resuelto en el camino que emprendeis. Lo exige vuestro interés, porque os encontrais en la edad de las grandes cosas; lo quieren vuestras familias, que á costa de inmensos sacrificios morales, y algunas hasta corporales, se prometen su recompensa de vuestra aplicacion y aprovechamiento; lo espera vuestra patria, que, orgullosa con las viriles generaciones que fueron, fija en vosotros una lisonjera esperanza; y lo desea *la Universidad* porque vuestra sana instruccion es su obra, y por ella aspira á representar el movimiento científico, social y moral de la época, sin reparar en los obstáculos ó dificultades que la ignorancia ó la envidia, la despreciable política de oficio, ó la ingratitude de alguno de sus hijos, puedan suscitarla.

El trabajo os espera, y debeis aceptarle sin reserva ni mistificacion alguna, porque si *labor omnia vincit improbus*, el valor individual y el mérito personal son las únicas cualidades por las que, parodiando las palabras del sabio, podrá decirse de vosotros: «Pasé por el campo y la viña del jóven laborioso, y no habia cizaña ni malas yerbas, las espigas abundaban, los ya maduros frutos pendian de todas las ramas, y las murallas protegian tan rica propiedad (1).

A trabajar, pues, y comprendereis con facilidad que si la educacion é instruccion empieza en vuestra hermosa edad, en ella debeis preparar vuestros dóciles miembros, si aspirais á ser verdaderos guerreros de la ciencia, para la lucha de honor y de bien, que ha de durar toda la vida... que luchar es obrar y vivir (2), como triunfar cumplir con fe y resolution *el deber*.

(1) J. Simon. *Le devoir*, p. 456 y sig.

(2) P. Janet. *Philosophie du bonheur*. Paris, 1873, un v. en 8.º

(3) Ecles. 46, 18. Reg. 2, 3.

(4) Horacio. *Od.* III, 30.

(1) Mons. Landriot. *Discours dans l'institution diocésaine à Pons*. Paris, 1873, un v.

(2) *Vicere, mi Lucile, militare est*. Sen. Cart. 16.

Pensar que al salir de estos centros se ha terminado ya, es un error y una desgracia que no tienen nombre. La educación é instrucción empiezan en el lenguaje y terminan con la muerte: el anciano que estudia sus últimos capítulos al pié de la tumba es el varón fuerte de la Escritura que sin querer inspira un profundo sentimiento de veneración y respeto (1).

La *ciencia* en verdad ofrece algunos inconvenientes, pero creedme, el mayor y más repugnante es ese satánico orgullo que aparece principalmente en vuestra edad, pues como dice Plinio: «Desde que los jóvenes entran en el mundo todo lo saben, son perfectos y se ofrecen como modelos»; mas para evitar que se apodere de vuestro ánimo, y os suceda lo que al cardo de la Escritura (2), debéis imitar y seguir con constancia el ejemplo del hombre verdaderamente sabio, y como él aprendereis que *la vuestra*, á medida que crece se espanta más de lo que la falta que recorrer; y la modestia, que en buen sentido y verdad, será su consecuencia más lógica é inmediata. La vanidad y la ignorancia son tan insufribles, que vale más, lo dice Salomón, encontrarse con una osa á quien roban sus cachorros que con un necio confiado en su necedad (3).

De abrazarla con el entusiasmo que merece, y que vereis aumentarse conforme la vayais gustando, procurad no tuerza su natural tendencia y que la emulación sea fuente y corona de alegría si llega á apoderarse de vosotros; y si por acaso tropezais con esos enemigos internos ó externos que suelen poner al alma la camisola de fuerza, ó con esas repugnantes figuras que Milton describe en su poema, acordaos que San Buenaventura y Santo Tomás recorrieron los desiertos y llanuras más estenuadas por una inmensa erudición, y el estudio de las más áridas cuestiones, vivificadas por el pensamiento de Dios, aumentaba en ellos la piedad.

Hé ahí, pues, las virtudes que infundirán en vuestra alma el necesario valor cristiano para hacer cuanto reclama una conciencia recta; cultivadlas con afán, y ellas os demostrarán en su ejercicio que, si la ociosidad es madre de todos los vicios, los grandes genios sólo adquieren sus hercúleas fuerzas después de profundos y continuados trabajos.

Cultivadlas, y llegareis á conocer lo que vale el *respeto*, verdadero condimento del alma, y al respetaros á vosotros mismos, respetareis á vuestros semejantes, y en primer término, llegareis á conocer el que debéis á vuestros padres, no sólo porque lo son, sino porque poseen *ese algo* que da la virtud y madurez de los años; así les honraremos y vivireis

largamente (1) y no incurriremos en su maldición como los imitadores de Cham, el mal hijo del Patriarca.

Y en segundo, á vuestros maestros, puesto que la unión de las almas hace fructificar lo que en ellas se siembra cual en fecunda tierra (2): no les amareis más que á los primeros, como quería un célebre profesor de la Edad Media (3); pero de seguro les obedecereis de todo corazón, aún en aquellos deberes de conciencia que molestan más al que los realiza que á los que son objeto de ellos; y obrando así, cuando la edad os lo permita, os convencereis de que los que aman á sus hijos procuran corregirles (4), y el discípulo es un hijo muy amado para el que le enseña.

Y por último, el que debéis á vuestros mayores, que en la sociedad son lo que los padres en la familia... ¡Oh!... bajo ningún pretexto ni razón alguna dejéis de escuchar á los que os dirigen, ni despreciéis los discursos del anciano, porque en ellos aprenderéis *la doctrina que da la verdadera ciencia* (5).

Ciencia, entusiasmo, emulación, humildad, respeto, piedad y trabajo, dotes son que llevan al hombre por la senda del deber á gustar de ese concepto sublime que se llama VIRTUD, concepto que algunos sabios y bienhechores de la humanidad, aunque reducidos en número, como San Vicente de Paul, monseñor Ketteler, Montyon Grammont y otros, tanto han enaltecido prácticamente y tan dignos de imitación son en nuestro desgraciado país, hambriento de su ejercicio y profesión.

Fatigo vuestra atención, me canso, y acuden á mí mente recientes y desgarradoras escenas, desgracias que mi alma no pudiera olvidar aunque quisiera, pero que me obligan á concluir.

En todos tiempos y bajo todas las latitudes, excelentísimo señor, la fórmula del *deber* ha sido y será siempre la misma: proseguir hasta alcanzar el ideal que encierran las combinadas ideas de *trabajo, ciencia y virtud*... Que esa fórmula, jóvenes alumnos, presida siempre vuestros actos, y alcanzareis tan bellissimo ideal; que esta fórmula, al ejercitar vuestros deberes con perseverancia y fe, sea vuestra enseña más gloriosa, y... «sereis *ricos*, porque vuestra vida será pura; y vivireis *tranquilos*, porque vuestra conciencia aprobará vuestros actos; y *felices*, porque la Providencia, al recompensaros, llenará vuestras casas de frutos de bendición (6).»

DOMINGO ALCALDE PRIETO.

Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza.

(1) Mons. Landriot. *Discours sur l'enseignement des lettres et des sciences*. Paris, 1874, un v. en 8.º

(2) Lib. IV. de *Los Reyes*, cap. XI, v. 9.

(3) *Parab.* cap. XVIII, 12.

(1) Exod. xx, 12.

(2) Clemente Alejandr. *Strom.* I, c.

(3) Honorio d'Autum.

(4) *Prov.* c, III, 24.

(5) *Prov.*, v. 27; *Deut.*, cap. XXII.

(6) *Eclesiast.*; XX, 21.

EL ORIGEN DEL HOMBRE.

(Continuacion.) *

Hay, por consiguiente, microcéfalos en que esta suspensión está perfectamente aislada y circunscrita a una parte del cerebro, en los que no ha padecido ningún otro órgano y á los que no puede negarse la posibilidad de ser fecundos. Ahora bien, si los hechos son tales, ¿no debe separarse esta suspensión de desarrollo de los demás accidentes que pueden acompañarla, para considerarle en sí mismo y compararle con otros hechos análogos?

Paso al segundo punto, á saber: el carácter simiano del cerebro de los microcéfalos. M. de Quatrefages se pronuncia enérgicamente contra ese abuso de palabras que «supone un hecho anatómico que no existe» y «tiene el inconveniente de que lo tomen al pié de la letra los ignorantes y aún produzcan alucinación en los hombres instruidos, haciéndolos creer en degradaciones, en analogías imaginarias.» No se me alcanza el por qué no haya de llamarse «simiana» una conformación de una parte cualquiera, por la cual esta se asemeje á la conformación del mono, del mismo modo que se llamará «humana» una conformación que tenga analogía con la del hombre. Por ejemplo, ¿se cometería un crimen de lesa lenguaje, si al resumir todas las particularidades de los miembros del gorila, se dijese que tiene los piés y las manos más humanos que los demás antropoides?

No repetiré lo que acerca de este particular dejo dicho en mi citada Memoria; pero me permitiré citar aquí algunas de las conclusiones á que ha llegado M. Pozzi en su descripción, hecha de mano maestra, del cerebro de un imbecil. (*Revue d'Anthropologie*, 1875). M. Pozzi señala las «particularidades anatómicas que deben atribuirse á la suspensión de desarrollo» (la abertura de la cisura de Sylvius, el estado liso de las circunvoluciones, la atrofia del pliegue de las cejas, etc.); insiste en seguida en multitud de otras particularidades que acusan «una verdadera *desviación* del desarrollo,» á que llama «anomalías reversivas,» y encuentra que «si se comparan estas diversas anomalías con las disposiciones normales que se notan en los antropoides, saltan á la vista numerosas analogías.»

Es exactamente la misma conclusión á que habia llegado yo en mis estudios, cuando decia «que el cerebro del microcéfalo no es el resultado de una simple suspensión de desarrollo (que, por otra parte, no existe en la naturaleza), sino una suspensión seguida de desarrollo extraviado, en cuyo extravío se aproxima, con relación á las partes abovedadas

y segun los casos, más ó menos al camino humano ó al camino simiano.»

El carácter simiano de cierto número de particularidades que presenta el cerebro de los microcéfalos se halla perfectamente comprobado. Es verdad que M. de Quatrefages trata de atenuar este argumento. «El plan general del cerebro, dice, se presenta el mismo en el fondo en todos los mamíferos y en el hombre. En este punto, como en todo lo demás, la analogía es mayor cuando se compara este último con los antropomorfos. Cuando su cerebro se altera por una causa cualquiera y se reduce como en los microcéfalos, ¿hay algo de extraño en que se presenten nuevas analogías? Lo contrario es lo que no podría comprenderse.»

Es efectiva é indudablemente cierto que no solo el cerebro del mamífero y del hombre, sino el de todos los vertebrados, está construido segun un mismo plan general; pero es tambien evidentemente cierto que el hombre y los monos presentan un plan especial, distinto de todos los demás mamíferos, plan que se distingue, segun Gratiolet, «por el cuádruple carácter de un lóbulo olfativo rudimentario, un lóbulo posterior que recubre completamente el cerebelo, de una cisura de Sylvius y de un cuerno posterior en el ventrículo lateral.»—«Así, continúa Gratiolet, hay una forma del cerebro propia á los monos y al hombre, y hay al mismo tiempo en los pliegues del cerebro, cuando aparecen, un orden general, una disposición cuyo tipo es comun á todos estos seres.» La disposición esencial de las circunvoluciones es tan idéntica, como ya lo ha reconocido Gratiolet, que Pozzi, en su artículo sobre las circunvoluciones cerebrales (*Diccionario de Dechambre*), dice: «Seguramente, el plan de exposición más cómodo en esta difícil materia, sería, imitando á Gratiolet, empezar por la descripción de un pitaciano donde se encuentran *con una sencillez verdaderamente esquemática*, las cisuras, los lóbulos y las circunvoluciones.»

Luego no son nuevas aproximaciones á un mamífero cualquiera que se manifiestan, sino, por el contrario, aproximaciones bien establecidas de las que el feto humano muestra completa la filiación, porque en el embrión tambien se manifiesta una sencillez primitiva que se complica sucesivamente. Un cerebro humano atacado de suspensión de desarrollo en una parte integrante de su conjunto, ofrecerá, por consiguiente, siempre caracteres que ningún anatómico podrá desconocer.

Llego al punto más árduo y en el que por todas partes me han atacado, el del atavismo, revelado por las detenciones de desarrollo, y, por lo tanto, tambien por la de la microcefalia. «La microcefalia, decia yo en mi Memoria, es una formación atávica parcial que se produce en las partes abovedadas

* Véase el número anterior.

del cerebro, y que lleva consigo, como consecuencia, un desarrollo embrionario separado, que se dirige, por sus caracteres esenciales, hácia el tronco de donde procede el género humano.»

No consideraba á la ligera la microcefalia como una suspension de desarrollo. M. de Quatrefages está conforme conmigo sobre este punto. Más arriba he indicado por qué esa suspension puede y debe ser considerada en sí misma; no volveré, pues, á tratar de esto. Pero sí suplico al lector que recuerde lo que he dicho sobre las diferencias que hay que establecer entre las fases embriónicas, algunas de las cuales reflejan las conformaciones permanentes de los antepasados, mientras que otras son debidas á las necesidades de adaptacion ó de las condiciones mecánicas. En nuestros dias hay aún naturalistas que sólo ven en la serie de los caballos, tan bien determinada hoy, una serie de caprichos de la fuerza creadora, en vez de reconocer en ella el desarrollo progresivo de un tipo; esos mismos naturalistas tampoco verán en el desarrollo embriónico del pié del caballo, donde los dedos que faltan están indicados en germen, aunque abortados, más que una casual aproximacion, y en los caballos didáctilos, tridáctilos y tetradáctilos, que algunas veces se producen, sólo inocentes juegos de la misma fuerza creadora, hechos sin connexion con una ley general. Claro es que esos naturalistas deben rechazar toda conclusion basada en hechos análogos ó semejantes. Pero esto no impedirá que un considerable número de eserutadores reconozcan lazos evidentes, relaciones de mucho valor entre estos hechos, y que, á ménos de rechazar completamente toda homología entre los hechos embriónicos y paleontológicos y eliminar en absoluto la idea del atavismo, se convenga en que toda suspension en el desarrollo hereditario de un órgano, respecto al cual no podemos demostrar las desviaciones por necesidad de adaptacion ó de mecánica, representa una conformacion y constituye un atavismo.

Luego, si hay un órgano que muestra en su desarrollo embriogénico una serie de fases correspondientes á las que vemos representadas por las conformaciones permanentes en la serie de los vertebrados, es seguramente el sistema nervioso central. Hay, á no dudar, en su desarrollo desviaciones debidas á las causas de que hemos hablado; pero ¿qué reducidas son estas desviaciones; más diré, qué insignificantes, al lado de las que vemos en otros órganos! ¿En qué otro órgano se encontraría, por ejemplo, esa «sencillez verdaderamente esquemática» de que habla M. Pozzi, y que se manifiesta por una parte en el desarrollo cerebral del embrión humano, y por otra en el de los monos? Pues si este desarrollo embriónico se detiene y desvia en un

momento dado, el cerebro, quedando en el estado correspondiente á una fase normalmente pasajera, debe representar también por necesidad una fase permanente en la serie atávica.

Esta es la tésis que he sostenido y que aún sostengo, porque no hallo en los hechos demostrados razones suficientes que me induzcan á modificarla. No me atengo á ella más que á cualquiera otra generalizacion ó á cualquiera otra teoría, porque todas estas conclusiones dependen de los datos y de las experiencias, y deben quedar abandonadas en el momento en que un hecho cualquiera venga resueltamente á contradecirlas. Cuando haya quien me pruebe que no existen las suspensiones de desarrollo, que ciertas fases embriogénicas no representan conformaciones permanentes expresadas en la organizacion de seres precedentes, y que, por consiguiente, la microcefalia es sólo un simple accidente mórbido, semejante á la hidropesía del amnios ó á la desviacion de la columna vertebral, entónces me despediré de mi sueño, en el que yo habia creído entrever un pequeño trozo del camino que ha recorrido el hombre durante su desarrollo histórico.

No por esto he dicho que considero los microcéfalos como seres atávicos «que recuerden el estado normal de nuestros antecesores directos más lejanos.» Sólo la parte del órgano en que acontece la suspension de desarrollo es la que representa una fase normal de este órgano existente en el antepasado, pero no el conjunto del individuo. Que la anomalía tenga consecuencias más ó ménos considerables para el organismo entero, segun la importancia del órgano herido, nadie lo ignora. El labio leporino no produce consecuencia ninguna en la economía animal, y la persistencia del orificio oval del corazon ocasiona casi siempre la muerte por la cianosis; un cerebro demasiado pequeño y mal conformado debe ejercer influencia, no sólo en la inteligencia, sino también en la constitucion del cráneo y de la cara; pero siempre acontece que no conocemos caso completo de atavismo que abrace enteramente todo el organismo, y que nos separaríamos completamente hasta de la nocion de suspension de desarrollo si quisiéramos ver teóricamente casos análogos.

Al indicar la suspension de desarrollo como causa primera de la conformacion cerebral del microcéfalo, hacia constar al propio tiempo que esta suspension recordaba fases anteriores á la constitucion del cerebro de los monos: Efectivamente, en la mayor parte de los microcéfalos la cisura de Sylvius queda abierta en su parte inferior, y los lóbulos posteriores no recubren el cerebelo. Ahora bien; estos dos caracteres se encuentran en el feto humano, siempre y normalmente; pero en el hombre como en el mono ya desarrollados, la cisura de

Sylvius está siempre cerrada y el cerebelo siempre recubierto. Era, pues, incontestable que una vez admitida la semejanza de las fases ontogénicas y filogénicas, el estado de las partes estacionadas demostrase que la suspensión partía de una época anterior á los monos. Me fundaba para estas deducciones en el hecho igualmente incuestionable que el mono joven se parece mucho más al hombre joven que el mono adulto al hombre adulto, y que la desemejanza, la divergencia se hacía más pronunciada á medida que los dos tipos comparados avanzaban en su crecimiento.

No creo necesario demostrar esta proposición; su exactitud es demasiado evidente y salta á la vista del que quiere comparar el cráneo de un chimpancé joven que conserva aún los dientes de leche, con el de un niño en igual grado de desarrollo, y el de un chimpancé adulto con el de un hombre hecho.

El desarrollo de estos dos tipos presenta líneas divergentes á partir del nacimiento. En buena lógica, ¿debemos detenernos en este punto cuando se trata de examinarlas anteriormente? Ciertamente que no; esta divergencia debe manifestarse también, aunque en menor escala, en el desarrollo embrionario. Ahora bien; dos líneas divergentes deben partir de un punto común; en cuanto al cerebro, este punto me estaba indicado por los caracteres de una conformación inferior aún al cerebro de los onistitis; y ateniéndome rigurosamente á los hechos y á su encadenamiento, sacaba como conclusión final, que el hombre y el mono debían provenir de un tronco común, de una forma animal cualquiera, con un cerebro liso, con la cisura de Sylvius abierta y con cerebelo no recubierto.

Me he abstenido de establecer hipótesis sobre esta base, que aún en el día me parece bien comprobada. Es posible que el hombre primitivo, antecesor inmediato haya sido rojo y prognato, como se le imagina M. de Quatrefages; es posible que un antecesor más lejano haya sido velludo, trepador, de cola larga, como quieren Darwin y Haeckel; ó que haya tenido todos los caracteres tan bien evidenciados en el estudio que acaba de publicar M. Hovelacque bajo el título *Nuestro antepasado*; también pueden conciliarse todas estas opiniones colocando al pithecoide antes del prognato rojo. Es evidente que debe haber eslabones entre el hombre actual y el punto de partida mucho más lejano que acabo de indicar.

Admitido, como yo lo hago, este punto de partida, es preciso admitir también que las diferentes familias de los monos, de las que es equivalente la familia humana, tienen su punto de partida en el mismo tronco y deben haberse desarrollado de un modo paralelo, pero independiente. Consultando los datos hasta ahora suministrados por la paleon-

tología; se encuentran en ellos algunos hechos que parecen comprobar esta proposición y que indican también, aunque de un modo aún muy oscuro, ciertas relaciones entre los monos del Nuevo Mundo y los antropoides, algunos de cuyos reflejos he hecho notar en la estructura cerebral.

No conocemos, efectivamente, sino dos monos eocenos: el eopitecus, descrito por Owen en el eoceno de Kent, y el cenopiteco, descubierto por M. Rutimeyer en los depósitos pisolíticos de la Suiza. El primero, después de haber estado clasificado durante algún tiempo entre los ungulados (ya me ocuparé á su tiempo de esta curiosa analogía), ha sido colocado inmediato á los macacos; el último, debe tener analogía con los lemurinos, por un lado, y los monos del Nuevo Mundo por otro. Todas estas analogías se fundan sólo en algunos dientes molares, y pueden modificarse por el estudio de restos más completos; pero, por ahora, es forzoso aceptarlos cual están. Así, pues, esta analogía entre un mono eoceno de Europa con modos confinados al Nuevo Mundo me parece muy curiosa, y al combinar este hecho con las particularidades de la estructura cerebral, se pudieran buscar lazos de unión que por ahora me basta indicar sin llevar más adelante mis deducciones.

Salvo el mesopiteco de Pikermi, los demás restos fósiles del mioceno indican ya la separación de las familias. El laopiteco americano es platirino, según los naturalistas de los Estados- Unidos; en Europa tenemos ya antropomorfos propiamente dichos (*dryopithecus*), gibones (*plipitecus*), *semnopitecos*; macacos y cercopitecos, al paso que la India presenta también antropomorfos, *semnopitecos* y quizás colobos. Según M. Haeckel, los antropomorfos deben haber salido de los otros catirinos, y el hombre de los antropomorfos.

Esta primera evolución debe haberse verificado en la época eocena, puesto que se encuentran ya antropomorfos (¿y qué antropomorfos!) en el mioceno. Por otra parte, el hombre habría tenido su punto de partida en el plioceno, ¿y qué sería entonces el hombre mioceno?

He dicho que podía haber alguna verosimilitud en el desarrollo paralélico de las diferentes familias, hombres, monos y antropitecos, de un mismo tronco inferior á todos estos seres por la constitución de su cerebro. Si yo quisiera construir árboles genealógicos y dotar á los antepasados de formas hipotéticas, diría que la forma atávica debe haber tenido, además de su estructura inferior respecto al cerebro, un número de dientes superior al de todos sus descendientes, y que las mandíbulas de esta forma-tronco deben haber llevado cuando menos cuarenta dientes en totalidad, á saber: en cada media mandíbula dos incisivos, un canino, tres premola-

res y cuatro molares. Sabemos efectivamente que el desarrollo paleontológico de las denticiones procede por eliminacion; las mandíbulas se empobrecen, por regla general, en los descendientes. Así, pues, tenemos en los séres que nos ocupan tres tipos de dentición: el hombre y los catirinos tienen dos incisivos, un canino, dos premolares y tres molares; los plátirinos tienen otros tantos incisivos, caninos y premolares, y un molar más; y los artopitecos presentan un premolar más y un molar menos. Si se acepta el principio del empobrecimiento de las denticiones, debemos admitir que la forma-tronco tenía tres premolares, número que se conserva en los artopitecos y que se ha disminuido en los demás, y cuatro molares, número que se conserva en los plátirinos, y que está disminuido en un diente en los catirinos y el hombre, y en dos en los artopitecos.

Pero dejo á un lado estas investigaciones; si hago mención de ellas es sólo para demostrar que partiendo de bases un poco diferentes, puede llegarse á muchas hipótesis, más ó menos probables y valaderas.

Tomemos aún de más atrás el árbol genealógico. Para M. Haeckel, los prosimianos son un grupo-tronco que ha engendrado no sólo los monos con el hombre, sino también los insectívoros, los queiropteros, los rumiantes, los desdentados; en una palabra, todos los mamíferos disco-placentarios, y muy probablemente, además, los zono-placentarios, carnívoros y anfibios proboscídeos é hyracios. Como se ve, la descendencia es muy numerosa.

Estoy enteramente conforme con M. de Quatrefages en rechazar este parentesco. Mi sabio amigo ha hecho observar con razón que, según las investigaciones de los señores Alfonso Edwards y Grandidier, los lemurinos tienen una placenta difusa en forma de campana; hubiera podido añadir que los datos paleontológicos, recogidos recientemente por los sabios americanos, confirman evidentemente esta analogía ó aproximación inesperada entre los prosimianos y los ungulados. Los sabios americanos han indicado dos familias de prosimianos eocenos, una de las cuales, la de los *hinnoteridos*, presenta en la estructura de los dientes formas intermediarias entre los ungulados, los lemurinos y aún los haplidos, al paso que la otra, la de los *lemuravidos*, se aproxima á los actuales lemurinos, pero presenta tan considerable número de dientes, que por este sólo hecho se aproxima á los marsupiales. Los *hinnoteridos* tienen formas dentarias tan singulares, que de analogía en analogía, y bien notables por cierto, se llega á mirar á ciertos pequeños ungulados europeos, clasificados hasta ahora entre los anoploteridos, como muy próximos á los prosimianos eocenos de América.

Mírense como se quiera estas aproximaciones ó analogías, la de la estructura de los dientes y de la placenta nos obliga á eliminar á los prosimianos de la serie inventada por M. Haeckel, y declarar que ese grupo tan notable no puede entrar en el árbol genealógico de los primates y del hombre.

Permitaseme aquí una pequeña digresión. Si llegara á confirmarse la analogía indicada entre los ungulados y los prosimianos, vería en ella una prueba más en favor de la convergencia de los tipos, que, en mi opinión, ha ejercido un papel tan importante en el desarrollo de las creaciones sucesivas como la divergencia considerada únicamente hasta ahora por los darwinistas. ¿Qué prueba más palpable podría encontrarse de esa convergencia, que ese espectáculo de ungulados que se convierten por la transformación sucesiva de sus extremidades en séres parecidos á los monos, hasta el punto de haber sido clasificados con ellos en el mismo orden?

Me apresuro á consignar que estos cálculos distan mucho de estar comprobados, pero que en todo caso los prosimianos no pueden colocarse, según los mismos principios de M. Haeckel, en la serie ancestral del hombre, ni aún de los monos. Los hechos, los razonamientos fundados en las observaciones, nos llevan, por el contrario, á la conclusión ya indicada, que las familias de los monos, como la del hombre, arrancan de una época anterior á la del eoceno y provienen de un tronco tal vez múltiple, pero caracterizado por un número de dientes más considerable y por un cerebro que presenta conformaciones inferiores á las que observamos en el día.

Así, pues, si comparamos esta conclusión con los hechos que presentan los demás órdenes de los mamíferos placentarios, encontramos fenómenos análogos. No necesito recordar las investigaciones de Sarlet y de Gervais, que nos han demostrado que los cerebros de los animales extinguidos son notablemente inferiores á los de los tipos vivos correspondientes; sólo insistiré en un hecho: que la gran mayoría de los órdenes actuales de los mamíferos estaba representada en la época del eoceno. En ella encontramos, además de los marsupiales que tienen un origen aún más antiguo, los primates, los carnívoros, los ungulados artiodáctilos y perissodáctilos, los cetáceos, los prosimianos, los queiropteros, los roedores y algunos órdenes ya extinguidos que parece son el lazo de unión entre los proboscídeos y los ungulados; pero no se hallan en ella ni proboscídeos, ni desdentados, ni solípedos, ni rumiantes. Pero en cuanto á estos dos últimos órdenes, no tenemos por qué apurarnos. Las etapas recorridas por los solípedos están demostradas paso á paso con el estudio de los miembros y de los dientes desde el orohipo tetradáctilo del eoceno hasta el solípedo actual, pasando por los hippariones, etc., tridáctilos

del mioceno; y en cuanto á los rumiantes, poseemos ya tal número de jalones, desde los anoploteridos artiodáctilos hasta las familias actuales, que podemos indicar el camino recorrido. En cuanto á los proboscidos, su filiación es ménos conocida á pesar de las interesantes investigaciones de los paleontólogos americanos, pero al ménos puede entreverse. Respecto á los desdentados, así como para los insectívoros, no tenemos ninguna indicación. Pero la dentición de estos últimos es tan parecida á la de los antiguos marsupiales, que no podemos resistirnos á la idea de referirlos á este tronco, á la vez que lamentamos la insuficiencia de los documentos paleontológicos: esta idea viene, por otra parte, á tener alguna comprobación en el descubrimiento de un insectívoro en las fosforitas eocenas del Lot.

Pero esta insuficiencia es desesperante cuando llegamos á la época cretácea, que no ha presentado aún resto alguno de mamíferos. Todas las líneas aisladas de descendencia de los diversos órdenes de los mamíferos, se cortan al borde de ese golfo desconocido, sobre el cual podemos echar puentes imaginarios, pero todos tan hipotéticos y tan desprovistos de realidad los unos como los otros. Puede muy bien suceder que muchos de los órdenes ya separados ó completamente distintos desde el principio de la época terciaria, sean ramas originarias de antepasados de formas intermediarias que vivían en aquella época; pero puede muy bien suceder que sea verdad lo contrario: nada nos indica cuál de estas opiniones hallará su confirmación en el tiempo.

M. Haeckel ha llevado con mano intrépida su árbol genealógico á través de este largo espacio de lo desconocido para enlazar su catirino, antecesor inmediato del hombre, por el intermedio de los prosimianos con los marsupiales. Sin embargo, este enlace tiene contra sí todos los hechos hasta ahora conocidos: los prosimianos, como hemos visto, no tienen nada que ver con los primates, y solo presentan con ellos relaciones superficiales de adaptación. Las diferentes familias de los primates, incluso el hombre, ¿tienen sus raíces inmediatas en los marsupiales, ó bien tienen formas intermediarias cuya revelación hemos de pedir á descubrimientos futuros? En la actualidad es imposible responder á esta cuestión.

Saltamos de un golpe de los mamíferos placentarios terciarios á los marsupiales de los terrenos calcáreos de Purbeck, del oolito de Stonesfield y del trias de la Europa y de la América del Norte.

Creo que todos están conformes en la actualidad en considerar los aplacentarios (marsupiales y monotremas) como una subclase de los mamíferos, inferior bajo todos los puntos de vista, á los placen-

tarios; creo también que todos los darwinistas estarán conformes en considerarlos como el tronco de donde proceden los placentarios. Los hechos paleontológicos concuerdan aquí con los datos de la anatomía comparada; no puede invocarse la ontogenia, porque no conocemos absolutamente nada del desarrollo embrionario propiamente dicho de los aplacentarios. La paleontología nos presenta el tipo particular de los pedímanos, reducidos hoy á la América, representado también en el eoceno de Europa; nos presenta también, en los terrenos secundarios, tres tipos de dentición muy diferentes; el uno insectívoro, el más frecuente y el más antiguo, porque es el único representado en el trias por el *dromatherium* americano y el *mirolestes* europeo; este tipo continúa á través de todas las demás formaciones; un segundo tipo, unguulado, conocido tan sólo por una mandíbula incompleta del oolito de Stonesfield (*stereognathus*); y por último, un tercer tipo revelado por los *plagianlax* del Purbeck y que se asemeja notablemente á los actuales kanguroos-ratas (*hypsiprimnos*). ¿Con cuál de estos grupos enlazaremos el tipo de los primates? La respuesta no es ciertamente muy sencilla; y aunque veamos ya varios tipos de dentición claramente indicados en estos antiguos marsupiales, sin embargo, esto no basta para decir en general: ¡los catirinos provienen de los didelfos!

Un solo hecho se desprende claramente: todos los antiguos marsupiales que conocemos tienen todas las especies de dientes claramente caracterizadas; hasta en el *dromatherium* triásico, el más antiguo de todos, encontramos incisivos, caninos, premolares y molares perfectamente caracterizados y en gran número. ¿Qué deducción hemos de sacar de este hecho? Evidentemente esta: que los mamíferos con dientes amonizados ó poco numerosos pertenecen á tipos metamorfoseados y desviados, al paso que los que tienen toda clase de dientes y en bastante número han conservado en su dentición un carácter hereditario antiguo. Los primates tienen los dientes perfectamente normales y en número conveniente; podremos, pues, deducir que este grupo tiene una antigüedad relativamente grande.

Esta es la razón que opongo á la opinión de Haeckel, que indica como tronco de los marsupiales unos monotremas desconocidos con los que puebla las épocas triásica y jurásica. La dentición nula ó muy incompleta de los monotremas actuales demuestra bien que son tipos desviados, que podrían ponerse en parangón con ciertos marsupiales casi desdentados, tales como el tarsipo. También nos dice Haeckel que los antiguos monotremas, los pro-manmalianos, como él los llama, «tenían seguramente una dentadura bien desarrollada que les habían legado los peces!» No es muy fácil legar cosas

que no se tienen. Para uso de esta hipótesis era preciso inventar también peces antiguos con incisivos, caninos y molares! No contento con esta doble invención de monotremas herederos de una rica dentición y de peces testadores que legaron aquel tesoro, Haeckel emite también la idea que los marsupiales triásicos no son en realidad sino aquellos promanmalianos dentados por el testamento de los peces! ¡No puede abusarse más del olvido de los hechos!

Pero sigamos adelante. ¿De quién desciende este monotrema promanmaliano dentado, antecesor de todos los mamíferos sin excepción y por consiguiente del hombre? «Por toda su organización y por su embriología, el hombre es un amniota, y procede, como todos los demás, del protamnion!» «Los primeros grupos originados del protamnion se dividieron en dos grandes ramas divergentes que se desarrollaron de muy distinto modo», por un lado los mamíferos, los reptiles y las aves (saurópsidos de Huxley) por otro. El protamnion es el antepasado común, que hizo la adquisición en favor de todos sus descendientes del amnio y del atlantoides, se desprendió de las branquias funcionantes, conservando solo durante algún tiempo las hendiduras branquiales y los arcos que las separan,—en una palabra, que adquirió todas las conformaciones por las cuales las tres clases de vertebrados superiores, reptiles, aves, mamíferos, se distinguen de los inferiores ó idiópsidos como los llama Huxley. El protamnion, descendiente á la vez de un salamandrino, era muy parecido por su forma exterior á ciertos lagartos, pero no debe considerarse como un verdadero reptil.

El árbol genealógico es, pues, este: Un salamandrino engendró el protamnion hipotético; este tuvo dos hijos, uno el promanmalo, otro el prosaurio, como le llamaré yo, puesto que M. Haeckel no le ha dado nombre.

Difícil nos es conciliar la existencia de estos generadores hipotéticos con los hechos y hasta con las tendencias teóricas de M. Haeckel. El único carácter dominante que distingue los saurópsidos de los mamíferos está fundado en la constitución de la articulación occipital; — los mamíferos tienen el cóndilo doble, los saurópsidos le tienen simple. Pues si los anfibios tienen un cóndilo doble, la salamandra ancestral debiera tener también un cóndilo doble. ¿Qué disposición tenía la articulación occipital de aquel protamnion tronco, cuya existencia se halla comprobada, según M. Haeckel, por la anatomía comparada y la ontogenia de los reptiles, de las aves y de los mamíferos, y que ha legado á los unos el cóndilo simple y á los otros el cóndilo doble? Nada se nos dice acerca de esta parte, tanto más importante, cuanto que todas las particularida-

des que distinguen los monotremas de los demás mamíferos, les aproximan más bien á los saurópsidos que á los anfibios. Me limito á indicar la cintura torácica, parecida á la de los ictiosauros, la estructura de los ovarios enteramente parecida á los de las aves, y remito respecto á las demás analogías á todos los tratados de anatomía comparada, y especialmente al de Huxley, en el cual el capítulo consagrado á los monotremas principia así: «Son de todos los mamíferos los que más analogías tienen con los saurópsidos.» Ahora bien, de dos cosas, una: ó la línea de descendencia va desde el anfibio pasando por el protamnion á los monotremas, lo que asegura la herencia directa del doble cóndilo en favor de estos últimos, pero entonces no se comprende de dónde pueden haber tomado los monotremas los caracteres que los aproximan á los saurópsidos; ó bien la línea de descendencia no pasa por los monotremas, y entonces, ¿á qué queda reducido el promanmalo y todo el árbol genealógico de M. Haeckel?

No es posible dejar de admirar la ligereza con que enumera ciertos hechos M. Haeckel para persuadir con ellos á sus lectores de que los mamíferos no descienden de los saurópsidos, sino de los anfibios. Pero yo no insistiré más acerca de estas aseveraciones que dan hasta á las tortugas y á los cocodrilos mandíbulas articuladas con el cráneo por medio de un hueso cuadrado móvil; solo quiero recordar aquí que los hechos recientemente evidenciados por M. Owen en su magnífico trabajo sobre los reptiles permianos ó triásicos del cabo de Buena-Esperanza traen pruebas bastante convincentes del enlace directo entre los reptiles y los mamíferos. Ciertamente, si se busca un tronco hereditario para la dentadura tan variada de los antiguos mamíferos, no debemos dirigirnos, como lo hace M. Haeckel, á peces hipotéticos, sino á los cynodracon, licosauro, etc., á aquellos teriodontes, en una palabra, que á la vez que eran verdaderos reptiles tenían incisivos, caninos y molares bien caracterizados; si se busca el prototipo del pié del carnicero, es preciso dirigirse á esos mismos reptiles, y lo mismo respecto á una multitud de otros diferentes caracteres de organización. En el caso en que se quisiera establecer un cuadro genealógico hipotético, sería preciso decir que la gran mayoría de los hechos habla en favor de los reptiles como tronco ascencial probable de los mamíferos.

¿Cuales son, por el contrario, los hechos paleontológicos que pudieran inducirnos á buscar el origen de los mamíferos en los anfibios antiguos anteriores al trias? Salvo el doble cóndilo occipital, no encontramos ningún carácter que permita establecer semejanza alguna; no hay nada de común en la estructura de la columna vertebral, del cráneo, de

los dientes ó de los piés. Ningun anfibio antiguo presenta siquiera un indicio de aquella dentición peculiar de los theriodontes; ninguno muestra la rotación de los huesos de los brazos; ninguno la disposición de los huesos del pié; porque si tenemos en la hulla anfibios pentadáctilos al lado de los tetradáctilos, es preciso observar que todos los piés hallados hasta ahora y todas las huellas que se les atribuyen tienen el dedo exterior, el dedo pequeño, separado del resto de la mano, y no el pulgar, como sucede en los marsupiales pedímanos y en los primates. Por el contrario, los theriodontes tienen la rotación del antebrazo y la estructura del pulgar como en los mamíferos.

Segun el árbol genealógico de los vertebrados dado por M. Haeckel en su «Cuadro décimosexto (pag. 385)», los anfibios descienden de los dipneustos (sus representantes actuales: protoptero, lepidosiro, ceratodo); estos descienden de los selacios (rayas y tiburones), y los selacios á su vez de los monorinos (mixinoides y lampreas). Los dipneustos dan tambien una rama lateral constituida por los halisaurios, mientras que los selacios engendran como rama colateral los ganoides y los teleostios.

Deseando ocuparme exclusivamente de las líneas que van á parar directamente al hombre, segun M. Haeckel, me reservo para otra ocasion la discusión del singular puesto asignado á los ictiosauros y plesiosauros, separados enteramente de los reptiles, así como la separación de los ganoides, los cuales tienen sin embargo, segun M. Günther, tantas afinidades con los dipneustos, que este autor en su excelente monografía del ceratodo reúne estos últimos con los mismos ganoides. Por mi parte, debo decir que habiendo tenido á mi disposición dos ejemplares del ceratodo de la Australia, he podido comprobar la escrupulosa exactitud de las investigaciones de M. Günther.

Reservándonos nuestras opiniones acerca de los puntos especiales que pueden promoverse aquí, debemos decir que M. Haeckel está en lo cierto cuando reconoce en los selacios los vertebrados conocidos de más antiguo. Se presentan en el siluriano superior. Pero si se trata de trazar las líneas de descendencia desde este punto primitivo, confieso que si los ganoides cartilaginosos y los dipneustos son en la creación actual el lazo de unión entre los selacios y los anfibios, yo hallo en el esqueleto de los lepidosteos muchas relaciones con los reptiles propiamente dichos, al paso que el orden de aparición, tal cual le conocemos en el día, no concuerda absolutamente en nada con las descendencias establecidas por medio de los datos de la anatomía comparada. Solo se trata efectivamente de hechos anatómicos; si conocemos la ontogenia de los selacios gracias á los trabajos de M. Balfour, si muchos ob-

servadores nos han descubierto la de los anfibios, debemos confesar que la de los dipneustos nos es tan desconocida, que M. Balfour para hacer concordar la ontogenia de los selacios con la de los anfibios, se ha visto obligado á inventar fases intermedias hipotéticas. Por último, lo que conocemos de la embriogenia de un solo ganoide cartilaginoso, el esturion, no es de tal naturaleza que nos haga entrever un estado intermediario bajo el punto de vista ontogénico.

Decía que los hechos paleontológicos no concuerdan con las construcciones hipotéticas sacadas de la anatomía comparada. Hallamos, efectivamente, en el terreno devoniano una multitud de formas diversas de peces ganoides ó reputados por tales que deben hacer suponer largas series de descendencia, una vez admitida la teoría monofilética adoptada por M. Haeckel. Para hacer derivar de un solo tronco los ganoides acorazados, así como las familias de los dipteridios, de los acantodianos, de los celacantos y de los holotiquidos, todas numerosamente representadas en los terrenos devonianos, sería evidentemente necesario una multitud de metamorfosis sucesivas que exigen un tiempo considerable y condiciones muy especiales.

C. Vogt.

(Concluirá.)

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL EN HUNGRÍA.

Varios autores han tratado ya de dar á conocer detalladamente la obra de renovación emprendida por el pueblo húngaro, el único tal vez que conserva cuidadosamente sus tradiciones nacionales, caminando resuelto hácia adelante, sin volver la espalda al pasado, y logrando de este modo destacar como una aparición verdaderamente original sobre el fondo monótono de la civilización moderna. Pero lo han hecho en obras que especialmente se dirigen al público alemán, como M. Alberto Sturm, en sus *Culturbilder aus Buda-Pest*, y M. Pablo Hunfalvy en *Literarische Berichte aus Ungarn*.

Tratándose de un país que hace veinte años sólo era conocido en Europa por sus desgracias, pero que en la actualidad cuenta con hombres de Estado, oradores, escritores y poetas que empiezan á llamar la atención fuera de su patria, creemos oportuno dedicarle algunas páginas, siquiera sea extractando de estudios extranjeros lo que principalmente constituye su movimiento intelectual.

Establecidos definitivamente los Magyares en las orillas del Danubio el año 1.000 de la cristiandad, se lanzaron sin vacilar en las vías del desarrollo inte-

lectual y moral cuando la mayor parte de los pueblos de Occidente se hallaban abismados en los terrores del fin del mundo. Bajo el punto de vista político, nadie ignora el papel que desempeñaron durante mucho tiempo, y sería ocioso recordar que han salvado á Europa amenazada por la invasion otomana. Pero lo que sí conviene hacer presente, porque sin duda se ha olvidado, es que tambien bajo el punto de vista intelectual tuvieron, en la Edad Media y al principio de los tiempos modernos, su período de esplendor, demasiado pronto interrumpido por las incesantes guerras que hubieron de sostener contra los enemigos de la cristiandad.

Las universidades de la Hungría figuraban entre las más célebres y frecuentadas de Europa, y en cuanto á sus bibliotecas, las restituciones que le ha hecho recientemente la Turquía demuestran al mundo cuál era su riqueza. Los *Corvina*, mucho tiempo ántes que los turcos los dispersaran, disfrutaban de una merecida reputacion y eran dignos del monarca cuyo nombre llevaban. Porque Matias V, Corvin, no fué solamente un héroe en los campos de batalla, sino un gran rey, en toda la extension de la palabra, que se interesó enérgicamente por el desarrollo social y literario. Fundó una Universidad capaz para 30.000 oyentes, é hizo de la biblioteca de Pesth una de las más ricas del mundo.

Las circunstancias políticas contribuyeron poderosamente á que tan brillante período sufriera una detencion durante la cual pareció Hungría retroceder. Abatida por sus luchas contra los turcos, la monarquía de San Estéban quedó momentáneamente reducida al papel de satélite del Austria.

Pero en ninguna época ha carecido de escritores y de poetas. En los primeros años de este siglo, Nicolás Zrinyi y Kalina, en poemas líricos inspirados por el más ardiente patriotismo, hicieron renacer ante los ojos de una generacion temblorosa los gloriosos tiempos de la Bula de oro. Despues Börösmarty, más popular aún, electrizó los corazones con sus entusiastas cántos. El conde Szechenyi decia en 1830: «La Hungría no existia ya, y ahora va á resucitar.»

Mas, á decir verdad, hasta hace diez años no ha vuelto Hungría á recobrar su puesto entre las naciones cuya cultura literaria merece notarse. Y al patriotismo lo debe; al mismo sentimiento que vivificó sus aspiraciones á la independendia y á la autonomía. Desde que han vuelto los húngaros á ser dueños de sus destinos, ya no han querido quedarse atrás en ningun concepto. ¡Qué asombrosos progresos han realizado en los diez años últimos! Nadie negará que han procedido con alguna precipitacion al principio, que se han lanzado con demasiado ímpetu en todas direcciones, á riesgo de traspasar los límites; pero, ¿quién se atrevería á censurarlos? En

política, han demostrado que sabian bien dónde comienzan los deberes y hasta dónde alcanzan los derechos. En literatura, comprendieron al momento que ante todo debian hacer desaparecer el aislamiento en que les tenía su lengua, poco conocida en el resto de Europa, y no solo se apresuraron á traducir las obras maestras de las demas naciones, con el fin de apropiárselas, sino que vertieron al alemán sus obras científicas y literarias para que supiera Europa que el reino de San Estéban tambien tenía escritores y sabios dignos de ser conocidos. Ambas cosas las realizaron con la energía que á todo suelen consagrar, y de este modo entraron en comunicacion con el mundo civilizado. Desde entónces, apreciada la Hungría como merecia serlo, logró que sus esfuerzos por adelantar rápidamente en el camino del progreso, se siguieran con interes en toda Europa.

En cuatro direcciones se ven claramente las huellas de sus perseverantes esfuerzos: en lo que se refiere á la instruccion pública, á la ciencia, al arte y á la literatura.

Al empezar el régimen constitucional, ya tuvo Hungría en el baron José Eötvös el hombre que parecia predestinado para imprimir á la enseñanza nacional un vigoroso impulso. Hábil escritor y pensador profundo, llevó al ministerio un perfecto conocimiento del mal que habia que corregir, y una firme voluntad de aplicar inmediato remedio. Pero sorprendido desgraciadamente por la muerte, dejó su obra sin concluir. El ministro actual M. de Trefort la continuó, sin embargo, con bastante éxito. El número de las escuelas elementales se elevó á 2.000, y el de educandos se aumentó en un 20 por 100. Se crearon escuelas normales para acudir á la falta de profesores y dotar á la juventud de maestros dignos de su mision. Los establecimientos de instruccion secundaria fueron tambien objeto de la atencion del ministro, que ha hecho llegar en los últimos años á 75 el número de las escuelas técnicas (*Realschulen*) preparatorias para las carreras industriales.

La universidad de Pesth, que en 1851 solo tenía 695 alumnos, cuenta hoy más de 3.000; y en diez años se han creado en ella diez y siete clases nuevas. Se ha fundado otra universidad en Klausemburgo; y hay ya 12 facultades de derecho, 40 establecimientos teológicos una escuela politécnica, una academia forestal, una escuela superior de agricultura muy célebre, una de veterinaria y ocho escuelas especiales de agricultura. Para la educacion de la mujer, hay una escuela superior del Estado y numerosas instituciones creadas por la generosa iniciativa de los príncipes de la Iglesia.

Las escuelas de enseñanza especial para el comercio y la industria se ven igualmente favorecidas

por el gobierno. No contentos los Magyares con demostrar de tal suerte su patriotismo, no han retrocedido ante ningún sacrificio para fundar sociedades cuyo fin es la propaganda y el progreso de las ciencias, la literatura y las artes. A la cabeza de estas sociedades figura la Academia de ciencias, obra exclusiva de la nación, debida al patriótico ardor de Szechenzy, uno de los más nobles hijos de Hungría, el *último Magyar*, cuya gloria es la gloria nacional. El desarrollo de la lengua húngara bajo el punto de vista científico, es una de las principales misiones de dicha Academia; y hasta ahora la ha cumplido sin descanso. La lengua de que ántes se servían los hombres de ciencia, los representantes del pueblo, la nobleza y hasta ciertos individuos de las clases medias, era el *latin*. Las obras científicas, para que se conocieran en el extranjero, se escribían en alemán ó en francés. Los estudios lingüísticos emprendidos con entusiasta ardor han producido ya importantes resultados, consignados en obras especiales, y que constituyen por sí solos una literatura. Entre los representantes más autorizados de la ciencia lingüística húngara, figuran hombres cuyos nombres son hoy gloriosamente conocidos fuera de su país.

Mas no se han limitado á esto las aspiraciones de la Academia. Deseosa de suscitar el progreso en todos sentidos, ha establecido concursos anuales, para desarrollar la literatura dramática, en los que distribuye premios, unos que ella concede y otros debidos á la generosidad de algunos patriotas, á los jóvenes autores que juzga dignos de ser estimulados. Desgraciadamente, hay que reconocer con toda franqueza que hasta hoy no han producido grandes resultados esos concursos.

El genio dramático no se improvisa así, por el solo influjo de un premio académico. Parece, sin embargo, que en cuanto concierne á la literatura dramática húngara de estos últimos tiempos, lo mismo por parte del público que por la de la Academia y de los mismos concursos, se han padecido lamentables errores. Tal vez se han elegido mal los programas. ¿Por qué se han descartado obras como *Un rey de Hungría*, *Bruto* y *Lucrecia*, *Calderon*, y otras que merecían figurar en el repertorio universal de las gentes de buen gusto, para dejar el puesto libre exclusivamente á las piezas populares? Ciertamente es que las obras de Szigliety tienen un valor real; y es preciso hacer al teatro popular la justicia de que en la época en que aún no había libertad recordó á la nación sus gloriosos destinos. Pero no es ménos curioso, por eso, el contraste de que cuando se representan en Pesth las obras de Shakspeare ó de Schiller el teatro se llena y la atención llega al paroxismo, y sin embargo los autores nacionales parecen esquivar las serias formas de la tragedia ó del

drama heroico, prefiriendo seguir los conocidos senderos de las canciones populares y del drama vulgar.

Recientemente se han hecho por la nueva escuela laudables tentativas para entrar en distinto camino. M. Luis Doczi y M. Koloman Toth, en diversas obras han demostrado que el horizonte dramático podía ensancharse fácilmente.

Volviendo á la Academia, haremos constar que en fin del año último, el número de académicos era de 316, de los cuales había 96 extranjeros. La segunda cifra revela el aprecio que hace ya del extranjero aquella docta corporación. En poco tiempo se ha conquistado un puesto honroso entre los institutos que en otros países persiguen un fin análogo. Si no ha llegado aún á la altura de algunos de ellos, consiste únicamente en causas que no pueden ignorar los que conocen la historia moderna de Hungría, pero que tienden á desaparecer en breve plazo.

Entre las sociedades que al par que la Academia, orgullo de la nación y su creación favorita, se dedican á proteger y vulgarizar la lingüística, las ciencias, la arqueología, la historia y las bellas letras, figura en primera línea la *Sociedad Kisfaludy*, fundada en 1836 por los amigos del poeta Kisfaludy con objeto de publicar sus obras y exigirle un monumento. En la actualidad, ampliando su misión, se consagra á dar á luz las obras más notables, lo mismo de los autores nacionales que de los extranjeros. A ella se deben excelentes traducciones de Shakspeare, de Molière, del *Don Quijote* de Cervantes, etc., etc. Con dicha sociedad rivalizan la *Sociedad Petöfi* y la *Sociedad Kemeny*. Hay además otras varias que se dedican al estudio de las ciencias naturales y de la historia, cuya enumeración exigiría un volumen. Nos limitaremos, pues, á citar los grandes establecimientos que tienen verdadera importancia, como el *Museo nacional*, que es á la vez biblioteca, gabinete de medallas, galerías de cuadros y galería de historia natural. Su origen se remonta á 1802, y en él se ha reunido cuanto puede dar alguna luz respecto al pasado de la patria, así bajo el punto de vista histórico como en el natural y descriptivo. En la citada fecha hizo donación el conde Francisco Szechenyi de su magnífica biblioteca compuesta de 30.000 volúmenes, casi todos húngaros, y de curiosos manuscritos. Y esta donación hizo nacer la idea de formar la colección que constituye el Museo, á la cual se agregó la galería de 196 cuadros que dió el arzobispo Ladislao Pyrker á principios del siglo, y la colección de libros, medallas, armas y antigüedades de Jankowich, para cuya compra votó la Dieta húngara en 1836 un crédito de 125.000 florines. La biblioteca consta en la actualidad de más de 200.000 volúmenes; y en 1876, según los datos estadísticos, el número de sus visi-

tantes excedió de aquella cifra, ó sea de 500 por día.

Para dar una idea de la actividad intelectual de los húngaros, ántes de entrar en los detalles relativos á la producción literaria propiamente dicha, basta establecer un punto de comparación. Los Magyares no son más que seis millones; la población total de Hungría no pasa de once millones, y, sin embargo, más de la mitad de las obras editadas en 1876 en la monarquía austro-húngara, procede exclusivamente de aquella parte del imperio. Un considerable número de estas obras son poco conocidas en el extranjero, por las enormes dificultades que ofrece á los traductores la lengua húngara. Pero comparativamente con las demás naciones, se puede afirmar que la literatura húngara es una de las más traducidas y apreciadas, precisamente por el carácter de originalidad que indicamos al principio. Eötvös, Josika, Kemeny, Arany, Jokai, y, entre los jóvenes, Toldy, Berzig y Doczi, son nombres dignos de recordarse por cuantos saben comprender, á través de la diferencia de los idiomas y de los usos, la parte universal del genio humano. Hasta entre los escritores de edad ya madura, ofrece la literatura húngara el sello de una eterna juventud. En un siglo tan prosaico y positivo como el nuestro, es más de notar el ardiente entusiasmo de que rebosan las obras Magyares. La mayor parte de los novelistas y poetas húngaros, de inagotable fecundidad, son verdaderos improvisadores. El escritor más popular del día, Mauricio Jokai, no se contenta con producir novelas ó artículos de crítica literaria, sino que colabora al mismo tiempo en cuatro diarios, haciendo en uno la revista literaria y redactando en otros los artículos políticos y especialmente la polémica periodística.

El periodismo es el gran campo de la actividad intelectual en Hungría. Pueblo de lucha y combate, siempre en la brecha, dispuesto siempre á romper lanzas por cualquiera cuestión que se le presente con calor, pero siempre también inclinado á la razón por su innato buen sentido, se lanza al periodismo como á su elemento natural; y en las diarias discusiones de la prensa, halla un medio seguro de hacer prevalecer los derechos de que tan celoso se muestra. En diez años se han creado más de 200 periódicos. El número de los que hoy existen asciende á 268, cuyas dos terceras partes se publican en lengua húngara. Algunos, en alemán, como el *Pesther Lloyd*, gozan de una reputación europea; pero generalmente los de verdadera influencia nacional se escriben en lengua magyar. Adolecen éstos del defecto de discutir con demasiada exaltación, mas se les puede perdonar en gracia de su buena fe y de su incorruptibilidad.

En el terreno artístico también pueden señalarse

algunos progresos é incesantes esfuerzos. Nada se ha omitido para crear un arte nacional; se han fundado escuelas, se han concedido subvenciones á los mejores discípulos, se han organizado concursos y se han adjudicado premios. En este punto, como en otros, el patriotismo individual ha rivalizado con el celo de los gobernantes. Hasta estos últimos tiempos no había escuela de dibujo ni de escultura, y los jóvenes artistas tenían que ir á buscar la enseñanza fuera de su país. Inmediatamente se fundó una escuela central de dibujo, y después una Sociedad más especialmente designada por su nombre para el fomento de las artes plásticas: *Ungarischer Verein für bildende Kunst*.

En favor de la música se han hecho mayores esfuerzos. Pero en esto la tarea era fácil, atendida la afición de los pueblos que habitan las comarcas del Danubio á la armonía, al ritmo y á los cantos melódicos. En 1844 fundaron unos particulares, á sus expensas, el Conservatorio de Pesth, y desde aquella fecha la Dieta húngara le ha señalado todos los años una importante dotación. En 1875, el gran talento nacional, Francisco Liszt, fué nombrado director, y actualmente aquel Instituto musical puede competir con los mejores de Europa. Se ha fundado una Academia de música, presidida también por Liszt, y tanto en Pesth como en las provincias se han establecido numerosas escuelas.

La escuela teatral, fundada en 1864 para la educación de los artistas, era indudablemente, bajo el punto de vista artístico, una de las más imperiosas necesidades, y ya empieza por fortuna á dar sus frutos. Desde hace algunos años, el Teatro Nacional de Pesth ha recobrado su esplendor; en él encuentran digna interpretación las obras de Shakspeare, Schiller y Moliere.

Resumiendo: con la fundación de la Academia, del Museo Nacional, del Conservatorio de música, y el vigoroso impulso dado á todos los ramos de la enseñanza, Hungría ha adelantado en algunos años el camino que otras naciones tardan á veces un siglo en recorrer. Por el generoso arranque con que todas las clases sociales contribuyen á las fundaciones que pueden coadyuvar á la gloria de la nación, merece ver muy pronto sus esfuerzos coronados del más completo éxito.

Hungría es un pueblo simpático, entusiasta por la libertad, y digno de interés por su patriotismo.

RICARDO DE MEDINA.

LAS DIFERENTES EDADES DE LA VIDA.

Nuestro tránsito por el mundo se halla marcado por períodos diferentes que reciben el nombre de edades. Todo sér dotado de vida se halla forzosamente sujeto á una serie de cambios que no es posible impedir y cuya marcha no hay medio de contener. En el volúmen de los órganos, en las funciones de los mismos, en las sensaciones, los instintos, las pasiones, los deseos, creencias, aptitudes, en todas las manifestaciones de la vida, hay variación con la edad.

De diferentes modos se han clasificado las edades, cuyas clasificaciones no pueden ménos de adolecer de bastantes defectos. Algunos han dividido la vida en tres períodos, designándolos con los nombres de incremento, edad estacionaria y decrecimiento; más como la evolucion del individuo se hace de un modo paulatino, pero incesante, no es posible señalar bien una línea divisoria donde acabe uno y comience otro período. Ya el vulgo establece la infancia, adolescencia, edad viril y vejez, division adoptada por muchos hombres de ciencia como más exenta de inconvenientes.

Considerando la aptitud para reproducirse, se han marcado los períodos de la vida en tres épocas, segun que todavia no existe la referida aptitud, que se encuentra en todo su vigor, ó que yá languidece ó ha desaparecido por completo.

No han faltado tampoco fisiólogos que han creído que debian dividir la vida en setenarios ó períodos de siete años, los cuales, agrupados de dos en dos ó de tres en tres, correspondian á los principales cambios que experimenta el cuerpo del hombre. Pero, en primer lugar, los últimos períodos de la vida no se acomodan tan bien como los primeros á esta division, y por otra, el desarrollo orgánico varía segun los temperamentos, climas, etc.

Hallé es uno de los autores que ha establecido una division de edades más generalmente adoptada, y son cinco: infancia, puerilidad, pubertad, virilidad y vejez, comprendiendo la primera, de uno á siete años; la segunda, de siete á quince; la tercera, de quince á veinticinco para los hombres, y de trece á veintiuno para las mujeres; la cuarta, de veinticinco á sesenta para los hombres, y de veintiuno á cincuenta para la mujer, y la quinta, de sesenta en adelante para ambos sexos, estableciendo además grados en la virilidad y en la vejez, conocidos con los nombres de virilidad creciente, confirmada y decreciente, y de vejez avanzada y decrepitud.

Becquerel adopta, respecto á edades, la siguiente division: 1.^a, época del nacimiento, ó sea el niño recién nacido; 2.^a, primera infancia, que comprende desde el nacimiento hasta los dos años; 3.^a, segun-

da infancia, desde los dos á los doce ó quince años; 4.^a, adolescencia, desde los doce ó quince años á los diez y ocho ó veinte; 5.^a, edad adulta, desde los veintiseis á los sesenta; 6.^a, vejez, desde los sesenta hasta la muerte.

Las ideas pitagóricas dieron grande importancia al poder de los números, y suponian que algunos años ejercian grande influencia en la vida; pero solo basta enunciar este modo de pensar para desecharlo y relegarle al número de los absurdos.

De todos modos, creemos que esta division de las edades es sumamente difícil establecerla en absoluto; pero tomando los caracteres de las edades-tipos, y nunca los que se hallan en los límites ó division de unas y otras, pueden asignárseles algunos caracteres diferenciales.

Sabido es que en el niño recién nacido los pulmones se ensanchan y empieza á efectuarse la respiracion, de igual modo que la calorificacion, así como las vías digestivas reciben tambien sustancias nuevas. Estas circunstancias son causa de que los niños se hallen expuestos á gran número de enfermedades. Los ojos padecen de oftalmías graves, sobre todo la purulenta, que á veces lleva en pos de sí la pérdida de la vista: los órganos respiratorios son atacados de pulmonías y catarros por la viva impresion del aire húmedo y frio, y las vías digestivas son tambien asiento de enfermedades graves.

Necesitan ser, por consiguiente, los cuidados en esa primera época de la vida mucho mayores que en todas las demas. Así es que el abrigo, el alimento, el lecho, la posicion en que se coloque al niño, los movimientos á que se le someta, todo deberá ser muy escrupulosamente examinado.

Debe desde luego evitarse la acumulacion de niños en sitios pequeños donde la ventilacion sea insuficiente, y á medida que avance la infancia, deberán someterse á vestidos más ligeros, procurar combatirles las pasiones propias de su edad, como son el miedo, la cólera y la envidia, y permitirles los juegos que consisten en ejercicios al aire libre, á la vez que se debe comenzar la educacion de sus facultades intelectuales sin ejercitarlas mucho. De la direccion que en esta época de la vida se dé á la inteligencia y costumbres del niño, depende muchas veces su porvenir.

En lo que se llama segunda infancia son ménos frecuentes las enfermedades del tubo digestivo que en la primera; pero, sin embargo, se presentan más que en el adulto. El aparato respiratorio funciona con energia y se hace precisa la introduccion en los pulmones de un aire muy oxigenado. Segun las investigaciones de Baudelocque, una de las principales causas de la enfermedad escrofulosa era la escasez de aire puro en la respiracion, como acontece en la costumbre que muchos niños tienen

de dormir con la cabeza oculta entre las sábanas, respirando un aire alterado por los productos de la espiración y exhalación cutánea.

El sueño del niño debe ser más prolongado que el del adulto, y el sonambulismo, tan común en esta edad, se combate por medio de una alimentación tenue, aunque reparadora, y el ejercicio activo del sistema muscular y sus facultades intelectuales deben empezarse á cultivar algo más por medio de la elección de buenos profesores que además de la ciencia posean el don difícil de saberla comunicar.

En algunas capitales de Europa existen lo que se llaman salas de asilo, institución que no ha dejado de prestar algunos servicios. Su objeto es recibir á los niños de dos á cinco años, y cuidarlos durante el día, mientras los padres se dedican á sus respectivos trabajos, todo por un módico estipendio, ó gratis. Allí se les educa convenientemente, hay un médico adscrito á cada uno de estos establecimientos, y se procura por todos los medios posibles suplir los cuidados que á los padres no les es posible tener. Puede asegurarse que estas instituciones han mejorado de un modo notable las condiciones higiénicas de los niños.

Al finalizar esta segunda infancia, comienza á despertarse la actividad de los órganos sexuales, respecto á lo cual todo el cuidado y vigilancia que se tengan serán siempre pocos.

La juventud ó adolescencia empieza en la pubertad, y es un período en el cual hay un cambio más completo en el individuo. Su cuerpo adquiere mayor desarrollo, y las pasiones se despiertan asimismo de un modo volcánico. El joven es emprendedor, susceptible, severo con las ajenas faltas, desinteresado, amante de la igualdad y siempre dispuesto á colocarse al lado del oprimido, pero sobre todo la pasión del amor es lo que en ocasiones le subyuga. Conocidas estas inclinaciones, todo el cuidado deberá dirigirse á contrarestarlas, á detener en lo posible la vertiginosa carrera del joven que imprudente se abandona en aras de sus deseos, pues solo le han de conducir al abismo, y la destrucción de su salud ó de su vida será el resultado de haber apurado hasta las heces la copa de sus placeres.

A este período sigue lo que se llama virilidad, que comprende desde los veinticinco á sesenta años en el hombre y de los veintiuno á cincuenta en la mujer, pudiendo dividirse en tres períodos, según es la virilidad creciente, média ó decreciente. En esta última comienzan á presentarse algunos signos de decadencia, y el movimiento de descomposición prevalece algún tanto sobre el de composición. Desaparece en la edad viril la gran susceptibilidad que había en la juventud, las pasiones acallan sus despóticas exigencias, y el cálculo y la prudencia suceden al arrebató y la ligereza. Es en la edad que

se supone al hombre por el fisiólogo para su estudio y por el legislador para el disfrute de sus derechos civiles.

La vejez es el último de los períodos de la vida, y puede como término medio fijarse su principio en los sesenta años, nunca de un modo absoluto, como ya hemos dicho, en todo lo que se refiere á este asunto. En este período la piel se endurece, se seca, se hace ménos flexible y se arruga; los cabellos blanquean y caen, de igual modo que los dientes, y todas las funciones del organismo empiezan á degenerar. También en la vejez hay sus períodos: en el primero, que llega hasta los setenta años, existe un predominio de los sólidos sobre los líquidos, y á partir de esta edad empieza una atrofia de los sentidos y osificación de todos los órganos, hasta que la decrepitud (en los pocos que les es dado alcanzarla) viene á terminar la existencia, no siendo la muerte más que el último soplo en una luz que apenas alumbraba.

Las observaciones que los ancianos jamás deben olvidar, son: evitar las impresiones físicas ó morales muy enérgicas, como las emociones fuertes, cambios bruscos de temperatura, los asíduos trabajos intelectuales, los placeres de la Venus y los excesos de la mesa.

Los viejos reconcentran en sí mismos toda la existencia y defienden palmo á palmo la poca que les resta. Por eso son egoístas, refractarios á las novedades, con las que nunca transigen, amigos de economías de cuyos resultados desgraciadamente no han de disfrutar, y muy dados á los recuerdos ensalzando lo pasado, que hallan muy superior al presente, sin reparar en que las impresiones recibidas en remota época eran en su juventud, debiendo deplorar, no la degeneración de los demás, sino la propia.

Les es muy conveniente un aire puro y seco, los climas meridionales y las estaciones de primavera y verano, así como una limpieza esmerada, absteniéndose de los baños, y un moderado ejercicio, sobre todo ántes de las comidas. Deben tratarse como convalecientes, pues la edad en que se hallan puede decirse que constituye ya una enfermedad.

Los hospitales destinados á los ancianos son una institución sumamente benéfica, pues vienen á llenar los cuidados que la pobreza no puede suministrar á la vejez desvalida y dulcifican los últimos días de los desgraciados indigentes que se hallan en el ocaso de la existencia, á cuyo fin se halla todo ser condenado desde el momento en que nace.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

EL TÉ Y EL ARAZÁ.

El té, como todo el mundo sabe, es la hoja de una planta indígena de la China.

Millares de artículos de periódico y no pocos volúmenes se han consagrado en todos los idiomas á ensalzar las excelencias de la infusión de dicha planta, cuya bebida, desde remotos tiempos, constituye las delicias de aquel pueblo singular que en medio de su aislamiento, por espacio de largos siglos, del resto del mundo, se creó á sí mismo una civilización propia y peculiar.

Introducida en época no muy lejana por el comercio, fué luego generalizada por un refinamiento de cultura entre las gentes de nuestra Europa que, por más acomodadas, se apellidan de buen tono. Siquiera en eso, nuestras aristocráticas damas se asimilaban á las compañeras de los mandarines del Celeste Imperio; así como éstos en nada desdichan de los de acá en otros conceptos.

Más recientemente, el té ha pasado desde un artículo reservado, digámoslo así, á los elegantes salones, á las reinas de la moda, hasta ser de uso general y casi artículo de necesidad en todas las fortunas.

Preciso es decirlo: la boga que el té, cuando es puro, ha alcanzado, es sobradamente justa. La higiene le recomienda en la mayoría de los casos como un excelente digestivo que reúne la cualidad de aromático y agradabilísimo al gusto. Esto es indudable.

Mas es el caso que la demanda, sin cesar creciente, de tan pingüe ramo de comercio, ha dado lugar, como no podía ménos de suceder, á sofisticaciones por parte de los chinos; mejor dicho, á sustituir el verdadero té con plantas un tanto parecidas por algunos caracteres exteriores, pero de distinto género botánico y de cualidades por demas diferentes en todo lo demas.

No, no se trata en este caso de uno de tantos *quid pro quos* tan comunes por doquiera, al modo de la infusión de achicoria amarga y maíz tostado que nos expenden por café en algunos establecimientos; y eso que la baratura del café legítimo y del azúcar excusaban harto bien semejante gatuperio. Como que el lucro es casi cuádruple del valor del objeto de buenas condiciones y procedencia.

Mas la sustitución que la codicia china ha dado al té es algo más que un robo: mucho peor que eso.

Tan pernicioso fraude ha llamado la atención de profesores celosos y de corporaciones científicas, singularmente de la Gran Bretaña. Unos y otras han probado que la mayor parte de lo que el comercio chino remite bajo ese nombre, es todo menos té.

Y, ¡cosa que ha hecho desechar á no pocos tal brebaje! Una serie de concienzudas observaciones clínicas de eminentes prácticos ingleses, ha demostrado los terribles efectos del uso inconsciente del *hierbajo* que las más veces pasa como té, no obstante ser pagado á buenos precios. La estadística, por esos profesores aducida, de dolencias desarrolladas por dicha causa, es aterradora.

Segun esas observaciones, las enfermedades del corazón y aparato circulatorio habian tomado alarmantes creces en aquel y otros países del Norte de pocos años á esta parte.

El estudio de las causas de la presentación de tales afecciones en sujetos por otra parte nada pre-dispuestos, y cuyos antecedentes de familia, método de vida, ocupaciones y demas, no podian hacer probable el desarrollo de tales dolencias, convencieron á dichos profesores de que la causa no era ni podia ser otra que la enunciada.

Los más de los pacientes habian bebido en el té el germen de la muerte.

Los cuadros clínicos presentados por tan notables médicos, que habian invertido largas vigili-as en la indagación del origen de esas enfermedades en numerosa clientela, presentación hecha á corporaciones ilustradas, y de cuyo resultado se ocupó la prensa científica, por una parte; la triste experiencia de casos habidos en seres propios, por otra, han inducido á abandonar á no pocas personas precavidas y prudentes el uso del té.

Aun sin ese poderoso motivo, que será siempre el principal, no pocos hombres celosos se ocupan de la necesidad de hallar una planta que, reuniendo la circunstancia de agradable al gusto y un tanto aromática, posea en buen grado la propiedad de digestiva.

No es ello tan difícil como el hacerlo adoptar por los que se arrojan el cetro de la moda.

Plantas de superiores cualidades digestivas, de sabor delicado y más ó ménos aromáticas, son no pocas las que cuenta, bien determinadas, la botánica, indígenas de muchas latitudes.

En nuestra España es comunísima (en Andalucía, Aragón y otras comarcas) el «*Chenopodium ambrosoides*,» de olor delicado en fresco y seca, como lo indica su nombre; y en no pocos distritos de la América del Norte, donde también es espontánea, la usan en muchas casas.

Si ella viniese preparada en curiosos frascos y con etiquetas ininteligibles, todo el mundo haría elogios del té de *Chenopodium*, si se añadía que su procedencia era de los últimos confines de la tierra. No importa el nombre del país, pero fuera mejor, para lograr que se adoptase luego, que tuviese difícil pronunciación por su extrañeza.

Diciendo que es de casa, y viéndolo en los cam-

pos, no hay que pensar en que nadie se determine á probarlo... No faltaria otra cosa, para ser señalado como *cursi*.

Mas dejando aparte esta digresion, es una verdad que en este asunto, como en el de enriquecer la terapéutica con medicamentos seguros y de determinada accion, todo el mundo científico vuelve sus ojos hácia las inexploradas regiones de América y de Africa. Ellas, con efecto, son el inmenso arsenal en que han de hallarse los elementos de mayor engrandecimiento en la industria y en las artes; ellas suministrarán preciosos materiales para el bienestar del género humano, cuyas necesidades aumentan con cada descubrimiento, en este siglo de vertiginosa actividad intelectual.

Una grandisima parte de la flora americana nos es completamente desconocida; y lo que es más, casi todas las especies determinadas botánicamente, nos ocultan hasta hoy sus virtudes. Como que la accion de las pocas que conocemos, nos fué comunicada por los mismos indios.

Sud-América, en las comarcas que he tenido ocasion de explorar, contiene vegetales hermosos útiles á la medicina, á la jardinería y á usos alimenticios, como el *Cuzave* y el *Iname*, etc.; preciosas mirtáceas que dan frutos comestibles, como el *Gua-yabo*, la *Pitanga* y el *Arazá*, que le hay de diversas especies; plantas medicinales que deben fijar la atencion de las facultades médicas, tales como la dicha *Siete-sangrías*, de que traje varios ejemplares que pueden verse en el Museo del Dr. Velaseo: es la *Cuphea glutinosa* de los botánicos.

En ella he visto tambien una planta que supera en sus efectos al más delicioso té.

Poco más de un año llevaba yo avencidado en la linda ciudad de Montevideo, cuando fui llamado para asistir un enfermo á más de treinta leguas de la capital de la República del Uruguay.

Examinado el paciente, y dispuesto lo que su estado reclamaba, fui invitado á comer, y ántes de finalizar los postres, el dueño de la casa indicó á un hermano suyo que fuese á traer *hierbas* para un té. Desde luego me persuadí que fuese el *Chenopodium*, de que ántes hice mérito, pero me equivoqué agradablemente.

Lo exquisito al gusto, lo aromático del té que se habia servido, hacia sospechar que fuese de un vegetal muy diverso. Se me mostraron las hojas, y ví que positivamente era otra, y muy diversa, la planta que habia suministrado la bebida.

Impaciente por conocer el vegetal, que ya desde luego el amable anfitrión me dijo denominarse vulgarmente *Arazá-mint*, esto es, *Arazá* pequeño, para distinguirlo de otro, aguardé que amaneciese, y despues de ver al enfermo, se me llevó donde el precioso arbusto vegetaba con toda lozanía, y don-

de habia tanto que su aroma se hacia sentir bien. Ví desde el momento ser del orden de las Mirtáceas y corresponder al género *Psidium*, y más despacio noté pertenecer á la especie dicha *Psidium variabile*, vel *Psidium littorale* de Raddi.

La planta en sus efectos es muy apreciada en ambas repúblicas del Plata, Brasil, etc. Cuando las elegantes damas de Montevideo, Buenos-Aires y otras importantísimas ciudades vuelven á ellas despues de más ó ménos tiempo de ausencia veraniega á sus posesiones del campo, pocas dejan de distinguir á sus amigos obsequiándoles con un delicado té de *Arazá*.

Nunca olvidaré la impresion que causó á mi sabio amigo el señor contraalmirante D. Miguel Lobo, invitado conmigo á tomar un té de dicha planta en casa del peritísimo Sr. D. Pedro Giraldt, á la sazón director de Instruccion pública de la República del Uruguay.

¿Cómo no sacan partido de esta especie en estos paises? nos interrogaba una y otra vez el ilustre marino.

¿Por qué, nos decia, no se generaliza aquí (en América), y se procura hacerlo apreciar en el viejo mundo?

Es positivamente singular que un vegetal de tan excelentes cualidades higiénicas y digestivas, y por otra parte de tan exquisito gusto y aroma, no constituya á la hora presente un ramo de exportacion. Y es más extraño que esté suceda cuando en los propios paises saca el Paraguay ingentes sumas del *Ilex Paraguayensis*, el célebre *mate* ó hierba de los jesuitas, que no puede compararse por concepto alguno al *Arazá*.

El *mate*, por otra parte, va allí mismo relegándose á las gentes del campo, que matan con el *mate* eternas horas de ocio. Las personas de buen tono hace mucho que han proscrito la infusion de aquella hierba, proscricion justa y reclamada hace tiempo por la buena sociedad.

Lástima grande que muchos se aficionen al té que la maliciosa codicia de los chinos nos envia, cuando fuera más prudente, de más buen gusto y más patriótico, por otro sí, el usar ordinariamente el *Arazá*, que en nada es inferior al té chino más selecto, y que aventaja muy mucho siempre á todas las clases de lo del Celeste Imperio.

Prestarian además un servicio á sus hermanos de Europa, los habitantes de los citados Estados americanos, dando á conocer el *Arazá*, librándolos del *veneno chino*.

Si para la Exposicion universal de Paris remitiesen, preparado en buenas condiciones y recolectado en época idónea, el *Arazá*, seguramente alcanzaba el premio á estas bebidas destinado. Por más de que en un principio no fuese un ramo de notables

rendimientos, á la manera que lo son otros artículos favorecidos de la exportacion americana, él seguramente iria abriéndose paso.

Prueben, y no habrán de arrepentirse de su presentacion en aquel grandioso palenque de la industria y de la ciencia. Las cosas buenas no han menester otra cosa que ser vistas para ser apreciadas.

Creemos que dicha planta debe colectarse ántes de las lluvias de otoño y secarse á la sombra, arrancando ántes las hojas en verde; que una vez secas, han de conservarse en frascos de vidrio bien tapados, á fin de que no pierdan el aroma que les es propio.

Y como la flor da un té aún más aromático, convendria tomar de aquel en Enero, que es cuando florece, y expendirlo por separado.

Celebraria que pronto llegase este artículo á ser un objeto de comercio lucrativo para las repúblicas Platenses.

FÉLIX CIUDAD Y SOBRON.

A LUZ ÁLVAREZ.

(BALADA.)

En las sombras de la noche
Que tantos misterios guardan,
Al rumor de los suspiros
Y al resbalar de las lágrimas;
Cuando del pecho en el fondo
Tiernos sentimientos hablan,
Y se eleva el pensamiento
A regiones ignoradas;
Cuando la mente nos finge
Ilusiones y esperanzas,
Y las ilusiones muertas
Parecen vidas soñadas;
Cuando resuenan los mares
Con acentos de borrasca,
Y se odia, y se ama y se piensa
Y se olvida y se batalla;
Cuando la sed nos devora
De sensaciones extrañas,
Y el espíritu se agita
Cual hirviente catarata;
Allá en el mar de las brumas,
En el valle, en la montaña,
En los confines etéreos
Y en las divinas estancias,
Brilla un mundo, nace un astro,
Arde una luz soberana
Que no es la luz de tu nombre,
Sino la luz de tu alma.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

LA TIERRA PROMETIDA.

RECUERDOS DE UN PROVINCIANO.

(Conclusion.)

VIII.

HISTORIA ANTIGUA.

Nuestros lectores recordarán indudablemente á la interesante niña que dejamos abandonada en el capítulo primero de este libro, y de la que no hemos vuelto á ocuparnos.

Hora es de reparar nuestro olvido, y de volver al punto de partida para adquirir, no solo respecto á la inocente Clara, sino de su familia, antecedentes y detalles que nos hace ya falta conocer. Un hijo, suele ser la natural consecuencia de unos amores; y por eso sin duda la sociedad llama *hijos naturales* á esas criaturas cuyo nacimiento no es hijo del deber, sino del fruto de dos sentimientos libremente confundidos.

Esto habia sido Clara; un poema de la vida secreta de dos seres, que puede ser lo mismo un manantial de emociones fecundas, que una concepcion propia para relajar un vinculo que debia ser eterno.

El coronel Lozano, padre de nuestra heroína, habia nacido en la ciudad dõnde dió comienzo la historia de Pablo.

Los sucesos políticos que á la muerte de Fernando VII ocurrieron en nuestra patria, le llevaron, como á otros jóvenes distinguidos, á abandonar sus estudios y á trocar por la de las armas la carrera de las letras.

Incorporado en el ejército en clase de subteniente, Lozano, combatiendo por la causa de la inocente Isabel, que era entõnces la de la libertad, demostró que el laurel de la victoria se ceñia mejor á sus sienes que la oliva de paz que sus estudios anteriores le brindaban. Sus instintos belicosos hallaron ocasion propicia para desarrollarse en esta larga lucha, y los ascensos que fué obteniendo en su carrera improvisada, le recompensaron de las fatigas que hubo de soportar.

A la terminacion de la guerra, con una hoja brillante de servicios, Lozano se encontraba en Sevilla con el grado de coronel y con la aureola de valiente que habia conquistado en los campos de batalla.

Tenia entõnces poco más de treinta años, y un corazon vírgen aún de emociones amorosas.

Su juventud, casi perdida entre las rudas fatigas de la campaña, no le habia brindado ocasion de satisfacer esas exigencias del alma, tanto más imperiosas, cuanto ménos se han podido satisfacer en toda la escala soñada en los dias radiantes de la primera juventud. El coronel sólo habia conocido

esas ligeras aventuras que en la vida azarosa de un militar son casi de rigor, pero que nacen y mueren casi siempre haciendo sólo presentir las delicias de una pasión constante.

Esta contrariedad sufrida en su vida de soldado, fué amontonando en su pecho una plétora de sentimientos amorosos que debían desbordarse á los pies de la primera mujer que se atravesara en su camino.

Si Lozano hubiese hallado entonces un corazón femenino grande como el suyo, su vida hubiera podido ser un paraíso, y su porvenir un idilio; mas el destino hizo que tropezara con una criatura tan frívola como peligrosa.

Era esta sirena que había de llevar el dolor á su existencia, una niña que apenas frisaba en los diez y seis años, hija única de una familia distinguida, y educada tan imperfectamente como las dos terceras partes de las hijas de nuestro siglo.

Cautivo de los encantos de la precóz sevillana, el coronel, dichosamente correspondido, saboreó las delicias venturosas del amor, sin presentir el triste desenlace que iban á tener sus placeres.

Su alma se había postrado ante un ídolo de barro, y necesariamente la fragilidad del vaso donde pretendió encerrarla, no pudo guardar tesoro semejante.

Una niña hambrienta de lujo y cegada de vanidad como la que él había idealizado, no podía satisfacerse con el amor de un lindo coronel, desde el instante en que otro hombre se arrojaba á sus pies brindándola con una fortuna y un título nobiliario.

Hizo el infortunio del coronel que en momentos para él tan críticos, viniera otro contratiempo á impedirle conjurar la tempestad que se levantaba en sus desdichados amores.

Complicado en la sublevación militar que ocurrió en el mismo Sevilla y que ahogó en su origen el general Schelli, obligándola á buscar refugio en Portugal, Lozano tuvo que abandonar la patria, llevando una incertidumbre dolorosa respecto á la mujer que amaba. Y para mayor desventura, ella, creyendo ó fingiendo creer en el abandono de su amante, hizo patente su perfidia, entregando su mano al aristócrata andaluz que la pretendía, y que ignoraba, como todo el mundo, que aquella perla de los salones sevillanos había dado á luz una criatura, fruto de sus amores con el coronel.

Inmenso fué el dolor de éste cuando llegó á saber la traición y la infamia de su amante; y sin los consejos de la amistad, que le disuadieron del proyecto peligroso que le inspiró su deseo de venganza, se hubiera presentado en Sevilla á provocar un escándalo de trascendencia para todos.

Así burlado, Lozano, refugiándose dentro de sus múltiples dolores, vivió después como todos los que

soñando venturas encuentran lo que tiene la vida de amargo y verdadero.

Cuando pudo regresar á España, su primer cuidado fué recoger aquella criatura que con todo misterio había puesto al cuidado de una antigua sirvienta la previsión de una madre doblemente criminal. En cuanto á esta, el infortunado coronel tuvo la suficiente grandeza de alma para despreciarla sin denunciar al mundo un crimen ya irreparable.

Disgustado de la vida y retirado del servicio, vino á establecerse, acompañado de su hija Clara, en su pueblo nativo, donde no faltó algún curioso que murmuró en los primeros días, del misterio que envolvía aquella niña, y de la circunspección que guardaba el coronel cuando se tocaba algún punto de su vida privada.

Pero cuando se vió que éste vivía exclusivamente consagrado á aquella niña, y que eran difíciles las averiguaciones, volvieron las murmuraciones á otra parte, y no volvió á hablarse más de ello.

Clara se miró por todos como huérfana de madre, y ella misma abrigaba igual convencimiento, puesto que un día, contestando á una ingenua y natural pregunta de niño, el coronel la había dicho:—«Tu madre ha muerto, hija mía.»

Así creció, privada de los más dulces consuelos y de esas expansiones tiernas que solo pueden ofrecer los cariños maternos: el coronel, á pesar del cariño que atesoraba para ella, no podía arraigar en su tierno corazón las ideas piadosas que únicamente las mujeres tienen el poder de transmitir, y que comienzan por enseñarnos un nombre que invocar en nuestras oraciones infantiles.

Por suerte suya, Clara, aun privada del valioso y dulce apoyo de una madre, é iluminada tan sólo por los débiles fulgores de su primera educación, recibida en uno de los conventos de religiosas de la comarca, había llegado á la adolescencia, revelando todas las bondades y atractivos de una criatura privilegiada.

En lo moral y en lo físico era á los 14 años la promesa más bella de todas las perfecciones. Rodeada de sus flores y sus pájaros, y entre los brazos de su padre, vivió feliz la encantadora Clara hasta el momento en que Montenegro la había requerido de amores.

Amores revestidos de inocencia, que no obstante habían nublado el alegre cielo de sus ilusiones.

Clara vivía alejada del pequeño círculo que formaba la sociedad del pueblo, porque su padre, que conocía sus preocupaciones, esquivaba en cuanto le era posible el trato diario de sus convecinos.

El coronel, consagrado enteramente á su hija, y ocupado en ir formando un patrimonio para ella, aunque tranquilo en apariencia, vivía sobresaltado con la idea de dejarla sola en el mundo.

Más que por su edad, por los achaques adquiridos en la emigración y en la campaña, y por los sinsabores de su vida, el coronel notaba su salud sobrado débil para prometerse una vejez prolongada.

La disimulada alegría que abrigó al tener indicios de las relaciones de Montenegro con su hija fué tan pasajera y le dejó tanto disgusto cuando supo la conducta de éste, que fué causa poderosa para acabar de quebrantar su vida.

Por su parte, Clara, ocupado su pensamiento con la decepción de Pablo, y su acción con el cuidado de la salud de su padre, vivía esa existencia vegetativa capaz de matar al espíritu más ardiente.

IX.

AURORA... BOREAL.

La situación que había llegado á crearse el desdichado Pablo, era por demás falsa é insostenible.

Lanzado en esa vida vertiginosa de los placeres y los azares cortesanos que hacen perder tras la salud y el sosiego del alma, la dignidad y la estimación propias, y como tantos otros que para poder sobrellevarla, se ven obligados á traficar con el presente ó á descontar el porvenir, llegó á forjarse la cadena de la esclavitud más triste en que un hombre de corazón puede caer: la esclavitud de las deudas.

Pablo, incapacitado para procurarse por sí propio una salida que lo pusiera á flote y salvara su nombre del lodazal en que se sumergía, sin fuerzas y sin voluntad para luchar, pensó en dejarse llevar por la corriente y perecer de esta manera miserable.

Entregado á su inercia, hubiera perecido con toda la calma de un estóico.

Pero afortunadamente para él, sus padres aún vivían, y esa fué la única tabla á que pudo acogerse en su naufragio.

Por este tiempo, la Providencia, en sus inexcrutables juicios, había sometido á nuestra desventurada Clara á una prueba más de resignación y desconsuelo.

Su buen padre, el coronel Lozano, acababa de espirar dejándola sola en el mundo.

Este triste acontecimiento, comunicado á Pablo como contestación á la absolución paternal solicitada, parecía providencial en aquellos momentos.

Así por lo ménos lo daban á entender los padres de Pablo, que en su natural deseo de alejar á éste de la atmósfera viciada en que vivía y de asegurarle un porvenir á su lado, le indicaban sobradamente que su unión con Clara podía dar fin á una vida desordenada y principio á otra más fecunda y consoladora para todos.

La previsión y el cariño paternal estaban esta

vez de acuerdo felizmente con la conveniencia y más venturoso porvenir que podía ofrecerse á Pablo.

La pobre huérfana, ante todo, amaba con pasión, y esto no lo ignoraba nadie en la localidad: su belleza, su educación y lo que no era para dejarse de mentar tampoco, los cuantiosos bienes de fortuna que la muerte de su padre la legaban, venían afortunadamente á formar un conjunto de circunstancias tan perfectas, que sería más que insensatez el desconocerlas por parte de Pablo, y no aprovecharlas en favor suyo.

Solo un lunar, como sucede con las cosas más perfectas de la tierra, oscurecía el brillante colorido que arrojaba la posición y circunstancias de la interesante huérfana.

Conocida la historia de su nacimiento, fácilmente se comprenderá el punto flaco que se ponía de relieve por todos al ocuparse de Clara.

La falta de una madre, que aún cuando se sospechaba y había indicios de que pertenecía á elevada clase nadie podía señalarla con su nombre propio, proyectaba cierta luz sombría en la angelical figura de la huérfana del coronel Lozano.

Mas para los padres de Pablo y para sus convecinos, el misterio, al fin, si bien era digno de cierta atención, no era de calibre capaz de oscurecer las demás sobresalientes dotes de la codiciada Clara.

En cuanto á nuestro personaje, el extraviado provinciano, cuya opinión en el asunto era la más importante y trascendental conocer, podemos asegurar que no era este detalle el que le preocupaba al meditar acerca del inesperado proyecto que se proponía á su examen.

Si bien lo desventajoso de su posición y la necesidad de salir de ella á cualquier precio se ofrecía ante todo á su vista, la idea de un acto tan trascendental como el matrimonio, le causaba el vértigo y la preocupación de todo aquello en que nunca se ha pensado.

Aun cuando seriamente parecía haber renunciado á las quimeras pasadas que tan castigado le tenían al presente, la perspectiva de la vida de la provincia que entreveía en su nuevo estado, no se le aparecía tan risueña como sería de desear: la manzana que había mordido en la floresta cortesana, amarga y todo como era, aún se le antojaba más digestiva que el insípido pámpano de los incultos prados de la comarca nativa.

Verdad es que el recuerdo de sus primeros amores y la imagen pura de la enamorada Clara, templaba en su aún rebelde pensamiento la inquietud que los horizontes pátrios le ocasionaban.

Comenzando por dar cabida en su pecho á un sentimiento de compasión, que fué el primero que le causó el recuerdo de su ángel de la provincia, poco á poco, de comparación en comparación, y de

recuerdo en recuerdo, llegó, sin gran esfuerzo á confesarse más rendido y satisfecho de un corazón sencillo y amante como el de Clara, que de la posesión de una Aspasia con todos los infernales atractivos de una baronesa del Lirio.

En la movilidad de su carácter, esto era naturalísimo.

Tal vez este fuerte contraste de lo ingenuo y lo artificioso, que ofrecían los dos nombres que evocaba, llegó á extasiar el ánimo de Pablo con las perfecciones de la pobre niña siempre amando y siempre mal correspondida.

Tomada su decisión, á la que habían precedido algunos días de indecisiones y de lucha, Pablo, conociendo la trascendencia del acto que realizaba, escribió resueltamente á sus padres la conformidad con sus proyectos, y anunciándoles también que se preparaba á comunicarse directamente con Clara, para ofrecerle sus consuelos y el arrepentimiento por sus pecados de amor.

La alegría y el regocijo con que tales nuevas se recibieron en la provincia pueden calcularse sin esfuerzo.

Para aquella pobre niña, cuya breve existencia se compendia en el sufrimiento de un amor mal correspondido, el anuncio que los padres de Pablo le habían transmitido de una manera delicada, había sido el consuelo mayor que podía otorgarle la Providencia.

El olvido en que su ingrato Pablo la había tenido, lo mismo que sus faltas, que más de una vez se le habían revelado, iban destrozando el corazón de la pobre Clara y haciendo de su vida una agonía.

Pero una vaga esperanza la había siempre sostenido y hecho confiar en que Pablo volvería un día á ella, abriendo los ojos como Tobías por la misericordia infinita á la que la creyente niña apelaba en sus desvelos.

Aquel día esperaba volverse loca de felicidad, y aquel día se le anunciaba ya como inmediato.

El milagro, pues, se realizaba sin duda, porque su deseo no había sido un sueño insensato, sino el purísimo anhelo de su alma confiada que se veía premiada por su fe y por sus sufrimientos.

Así se explicaba la infeliz Clara, con la ingenuidad propia de las almas cándidas, el próspero suceso que después de la muerte de su padre parecía una buena hada prepararle.

Si no fuera enojoso ó aventurado descender aquí á detallar una por una las emociones y las ideas que la enamorada niña abrigó desde que vio brillar la nueva aurora de sus amores otra vez reanudados, de buen grado matizaríamos estas páginas de purísimo esmalte, sin más que trasladar al papel las cartas que Pablo recibió en este fugaz tránsito de su existencia.

Pero es fuerza dejar el idilio, y proseguir descaradamente el drama que nos hemos propuesto dar á conocer.

Pablo, cuyo carácter ha podido comprenderse, sin duda por exceso de imaginación pasaba muy fácilmente de un orden de ideas á otros completamente contrarias.

Deleitado en saborear las delicias de los sueños que, como los fumadores de ópio, se fabricaba, veíase luego como postrado y sin energía para traducirlos en realidades.

Se asemejaba á Pigmalion, creando estatuas en su pensamiento que se le aparecían como de carne y hueso.

Por eso no es extraño encontrárnoslo ya entusiasmado ante la idea de parodiar la parábola del hijo pródigo, y formando planes de la vida matrimonial que le esperaba.

Sus cartas á Clara, lo mismo que las que dirigió á sus padres, revelaban una seguridad y una transformación tan completa en su carácter y pensamientos, que al leerlas allá, no podían menos de exclamar:

—Sí; Pablo es bueno, y no le faltaba más que se le mostrara el precipicio hácia el cual caminaba.

Pero estaba escrito sin duda que nuevos hechos vinieran muy en breve á dar un solemne mentís á suposiciones tan halagüeñas.

Y hay que convenir en que parece que hay seres condenados á labrar la eterna desventura de las personas que por un motivo ú otro se les afecionan; seres fatales que son una especie de enfermedad mortal para su familia y para sus mismos intereses.

Y Pablo se disponía sin quererlo, á probar el fundamento de esta teoría con un nuevo ejemplo.

En pago de la expansión y el regocijo con que se le brindaba una nueva existencia, su insensatez le llevaba á asestar á Clara y á sus mismos padres el último golpe que debía anonadarles.

Pasando como sobre brasas, vamos á referir estos sucesos.

Montenegro en un principio, no queriendo dejar en la corte ningún rastro de su desordenada conducta de este último tiempo, no trató de regresar á la provincia hasta pagar sus deudas y arreglar todos sus asuntos. Mas al verse desembarazado de sus apuros materiales, y en condiciones otra vez de poder alternar en la sociedad que le había ántes albergado, insensiblemente, aunque haciéndose la ilusión de que con ello daba su despedida al mundo, volvió á él con la sonrisa más desdeñosa que á su juicio podía demostrar el menosprecio por todo lo que dejaba, y la satisfacción más intensa por lo que le aguardaba.

En una de estas invasiones á la esfera del placer y de los sentidos, encontró á su paso aquella baronesa del Lirio cuya influencia creyó apagada para siempre.

Sucedía esto en el vestíbulo del teatro Real, donde nuestra antigua conocida esperaba la llegada de su carruaje, terminado el espectáculo.

La baronesa, contra su costumbre, se veía sola y sin la escolta de todos aquellos adoradores que la asediaban, por los ménos por el nombre que una aventura con ella les hubiera proporcionado.

Para aquella perspicaz mujer no se escapó la sonrisa de príncipe que su vista produjo á Pablo, ni el significado que tenía: por experiencia sabía que una expresion tan llena de fatuidad y de arrogancia no era la que puede producir el despecho: su instinto le reveló á Pablo feliz en las delicias de un amor afortunado.

Por entónces ya, aparte de sucesos que habian cambiado su situacion personal,—y que fácilmente los adivinarán nuestros lectores,—ó por efecto de estos sucesos que la baronesa no ignoraba, el estado de su corazon no era el mismo que al hacer su primer conocimiento con nuestro provinciano.

Hastiada de frívolas amistades, ó pensando echar el sello á su juventud con un amor definitivo, la baronesa recordó más de una vez al que de una manera tan inusitada se les presentaba en aquel momento.

Cómo empezó el ataque, y en qué condiciones se rindió la plaza, sería ocasion de un largo relato que hoy nos faltan fuerzas para bosquejar.

Diremos, y esto basta, que las maniobras de la baronesa tuvieron el mejor éxito.

El insensato Pablo, preso en las dulces redes de aquel amor ántes tan codiciado, y logrado cuando quiso huirle, produjo el escándalo consiguiente en la provincia, el anonadamiento y la cólera de sus padres, y la entrada inmediata de Clara en el convento de religiosas carmelitas de S^{***}.

Más tarde llegó para él el dia de la expiacion y el remordimiento por sus culpas.

Cuando hubo rendido su tributo á las leyes morales que rigen nuestra vida, sin vanidades ni amor propio, y sin nada de lo que causa heridas tan continuas á las gentes del mundo; en una quietud parecida á la de los fatalistas, y abroquelado con la máxima sublime, de «no busqueis más que lo que es eterno,» llegó á encontrar el camino de la verdadera *Tierra prometida*.

EPILOGO.

¿Y la baronesa?... Aun no se ha apercebido de que despues de haber envenenado la existencia del coronel Lozano, fué el verdugo de su propia hija: hoy

busca á Pablo, que la rechaza, y al que en vano espera en su palco de los *Bufos Arderius*. A ella, como á Montenegro, aún confiamos encontrarlos en otra fase de su vida.

ANTONIO PEREZ RIOJA.

PAZ Y CONSUELO.

¿Cómo pensar que en el impuro polvo,
Que ante mis ojos con horror contemplo,
Arde la llama de divina lumbre
Hecha á Tu imágen?

¿Vale la pena de nacer el hombre?
¿Qué significan la virtud, la gloria?
¿Qué hay en el orbe que perenne viva?
¡Sólo la muerte!

Dime ¿qué fué de la expresion altiva,
Noble, sublime, de grandeza augusta,
Con que en su frente proclamaba el hombre
Célico origen?

Dime ¿qué fueron de los dulces ojos,
Rayo de luz do se pintaba el alma?
Dime ¿qué fueron de los rojos labios?
Dime ¿qué fueron?

Hombre infeliz que en el reloj del tiempo
Tienes marcado tu postrer instante,
¡Mira do pára tu anhelar continuo!
¡Sólo en la muerte!

Las ilusiones de la edad primera,
Fuego divino que del alma brota,
La inspiracion de la ardorosa mente,
¡Todo se apaga!

Del patriotismo el esplendente faro;
De caridad el luminoso guía;
Sol de las ciencias, de las artes gloria:
¡Todo perece!

Mas la virtud que en el impuro suelo
Nunca la vemos en su triunfo erguida,
¿Dónde tendrá su recompensa justa?
¡Fuera del mundo!

Sobre los soles en que Dios se asienta,
Sér inmortal que por los justos mira;
Sobre la cumbre de los altos cielos,
Siempre radiante.

Tú que al tirano que gozóse impío
En rebajar la dignidad humana,
Rompes el cetro, y la altanera frente
Sellas con fuego;

Tú, que, al tender la aterradora muerte
Lúgubres alas sobre el triste mundo,
Das á tus hijos con tu propia mano
Alma justicia;

¡Mira estos ojos que enrojece el llanto!
¡Mira la oveja que perdida bala!
¡Sé mi pastor, y en tu regazo encuentre
Paz y consuelo!

LEOPOLDO PAREJO.

Puente Genil 2 de Noviembre de 1877.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Institucion libre de Enseñanza.

LA MORFOLOGÍA DE HAECKEL: ANTECEDENTES Y CRÍTICA,
POR EL PROFESOR D. AUGUSCO G. DE LINARES.

IV.

A la *Introduccion*, expuesta y criticada ya, sigue una teoría general de los organismos naturales, base que reputa Haeckel exigida para la construcción ulterior de la Morfología de aquellos. Dos consideraciones capitales abraza: una versa sobre el organismo en sí mismo; otra, relativa á su origen primordial y principales diferencias en él reconocidas. Exponer la primera fué el asunto de la conferencia presente.

Comenzó señalando la aspiración del célebre naturalista al establecer dicha teoría. Unificar el mundo natural, resolviendo la dualidad absurda con que se le piensa generalmente constituido por organismos y seres inorgánicos, explicados aquellos por leyes de pura causación mecánica, inexplicables estos sin apelar á un finalismo teológico, extraño á la economía de la Naturaleza misma; sustituir, en suma, al irracional dualismo, hasta hoy imperante en la ciencia natural, el monismo que exigen de consuno la idea y el fenómeno: tal es el propósito de Haeckel, cuyo libro todo no es luego otra cosa que la tentativa para afirmar, en la esfera de las formas especiales, esta unidad, reconocida ahora en la integridad total de los factores y propiedades esenciales de la Naturaleza.

Si esta se resuelve en materia, con forma y dinamismo ó función, mostrada que sea la conformidad esencial de los seres naturales inorgánicos y organizados en estos fundamentales respectos, quedará probada la unidad de todos; apareciendo luego su oposición ulterior como un mero resultado de factores y relaciones secundarias.

Así procede Haeckel, consecuente en este punto con su concepto de la Naturaleza.

La comparación versa primero sobre la materia de ambas especies de seres, por ser ella el fundamento de que dependen la forma y la función de los mismos. Las propiedades generales de extensión, impenetrabilidad, divisibilidad, etc., son absolutamente iguales en los organismos y seres inorgánicos. Lo es también la composición material: no hay elemento alguno privativo de los organismos, ni tampoco las combinaciones que ofrecen éstos difieren esencialmente de las que muestran los anorganismos, como las síntesis recientes de la Química orgánica lo atestiguan de sobra; y si se piensa, con razón quizás, que los diversos elementos materiales son estados alotrópicos de una sola materia, del Eter, como se dice, la unidad material de unos y otros seres se reafirma con más fuerza, si cabe. El estado de agregación es á primera vista diferente en los organismos; se componen en él los estados de solidez y fluidez, que los anorganismos sólo muestran aislados. Sin embargo, se ofrecen transiciones delicadas en aquellos desde la imbibición propia de dicho estado hasta la humidación y disolución características de los otros dos, y que forman los extremos, cuyo término medio ocupa aquel; no es, pues, un tercer estado, ántes aparece como una

fase meramente transitoria de los dos opuestos, comunes igualmente á los organismos que á los seres inorgánicos.

Si materialmente no difieren unos seres de otros, tampoco se distinguen en lo esencial por la forma. Ni todo organismo ofrece estructura compleja, habiéndolos que son gotas de protoplasma homogéneo, ni los seres inorgánicos carecen de verdadera heterogeneidad en su construcción interna, regida de muy diverso modo en cada punto, según líneas de cohesión diferente, como pasa en los cristales. La forma exterior, si en estos es rectilínea generalmente, ofrece curvaturas á veces, como en el diamante; y á su vez, planos y rectas en los organismos, como ocurre en los Rizópodos y en los granos del pólen vegetal; en todo caso se dejan reducir las diversas formas de ambos á leyes geométricas, de igual manera.

Por último, la función ó dinamismo, tan diversa al parecer, es en realidad idéntica en organismos y seres inorgánicos. Las formas que reviste en los primeros son mero producto de condiciones secundarias del estado de agregación y de la complejidad de su composición material. Unos y otros crecen, aumentando de volumen, por la atracción de moléculas exteriores hácia un centro interior, sin que oposición é intususcepción difieran en este respecto; nacen por condensación de materia en derredor de un núcleo dinámico, así el cristal como el mónico, y lo que no explicamos en el génesis de éste, no lo conocemos tampoco en el de aquel. Uno y otro se conservan mediante fuerzas propias; difieren sólo en la manera; el organismo cambia constantemente de materia para subsistir, por ser inestable la que tiene; la del ser inorgánico es fija y parece si la cambia.

La reproducción es un puro resultado de las funciones dichas; no es general tampoco á todos los organismos, ni puede caracterizarlos por tanto. Sin embargo, á la reproducción del organismo, que consiste en la aparición de nuevos centros atractivos, cuando el primitivo no puede ya regir la masa cuyo crecimiento se ha exagerado, se enlazan la transmisión hereditaria de las propiedades y la adaptación á las circunstancias exteriores en que la reproducción se verifica. La primera procede de las fuerzas inherentes al organismo generador, transmitidas al engendrado; la segunda, de las fuerzas exteriores á uno y otro. Pues también en el cristal la herencia está representada, al modo posible, en la tendencia plástica exterior que le es propia, como resultado de su constitución material; y lo está la adaptación, asimismo, pues que las fuerzas exteriores influyen sobre la interior del cristal, imprimiendo diferencias específicas á la forma que tiende á revestir en virtud de aquella tendencia.

Así, materia, forma y fuerza son esencialmente iguales en organismos y seres inorgánicos: son, pues, individuos naturales idénticos en el fondo; no hay dos Naturalezas ante todo; una sola se individualiza luego en estas formas opuestas.—Tal es la conclusión de Haeckel.